

# La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2 quintd.º

MADRID  
5 de Diciembre de 1888.

Año IX.—Núm. 33.



BELLAS ARTES.—¡Aquí, aquí! (Grupo de tierra cocida del escultor D. Isidoro Brocos.)



## SUMARIO

GRABADOS: ¡Aquí, aquí! (grupo de tierra cocida, del escultor don Isidoro Brocos).—Casco, escudo y espada de Francisco I de Francia.—Tipo de mujer de Jericó; tipo de felah de Judea (fotografados de Laurent).—Marina de guerra española: el submarino *Peral*.—Bellas Artes: ¿Quién vence á quién? (cuadro de D. Domingo Muñoz).—Bellas Artes: Petra.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Explicación de los grabados.—La historia de la artillería española (continuación), por D. Mario de la Sala.—¡Desperta, ferrol al Sr. D. Emilio Bonelli y Hernando, por D. Enrique Corrales.—Cantares, por D. Juan Morales Pleguezuelo.—Villamartin y los tratadistas de milicia en la España del siglo XIX (continuación), por D. Luis Vidart.—Juan y Juana (poesía), por D. Celso Lucio.—Enterramiento de una persona viva, por D. Eugenio García Gonzalo.—Comisión permanente del Centenario de D. Alvaro de Bazán.—Tradiciones americanas: ¡buena laya de fraile!, por D. Ricardo Palma.—Tragedias del arroyo, por D. Juan Valero Martín (continuación).—Instalaciones eléctricas en general: pararrayos, II, por D. Manuel Méndez.—Historia de tres lágrimas (poesía), por D. P. de Uruguay.—Pasatiempos.—Solución á los del número anterior.—Anuncios.

## CRÓNICA

Hasta la hora en que escribimos estas líneas, y aun puede asegurarse que media hora más tarde, no hemos recibido carta alguna de ninguno de los abogados defensores de los presos con motivo del crimen de la calle de Fuencarral.

El hecho no puede ser más extraño; y aunque no se nos oculta que vamos á llevar grandísima perturbación á las conciencias, al hacerlo público sin las atenuaciones que reclaman los sistemas nerviosos atacados del *Epistolarius Correspondentiae Hispaniae (pejus quam libretum Dalmaum)*, declaramos que no hemos recibido carta alguna de los señores aludidos.

Lo que se dice ni una mala tarjeta del señor Galiana, jurando por su salud y la de su distinguida familia que Higinia Balaguer no llora, sino que ríe; ni tampoco un B. L. M. del Sr. Rojo Arias dándonos cuenta de su fin, es decir, del fin de su carta, ó, mejor, del fin que se propuso en su carta.

En fin, que este cronista es un... *desinificante*.

Para consolarnos, levantamos los ojos al cielo y lo vemos nublado.

Esto, y el aire que corre, por cierto muy á propósito para enronquecer y no volver á hablar claro en jamás de los jamases, nos convencen de que el tiempo no está para dar opiniones.

Sentiríamos que esta afirmación no redundara en pro y para prez de todo el mundo; pero ¡qué hemos de hacerle! La prudencia nos aconseja que nos pasemos sin cartas de nadie, y que si alguna vez los abogados defensores nos honran con su visita, extrememos con ellos la cortesía y la circunspección.

—¿Qué opinión tiene usted de mi defendido?

—Excelente.

—¿Y de mí?

—Excelentísima.

—¿Y del arropo manchego?

—Detestable. No despreciando, ¿sabe usted? Pero no lo puedo tragar.

—¿Qué parte cree usted que tomó mi defendido en el hecho de autos?

—La que usted guste.

—¿Lee usted *El Liberal*?

—Sí, señor; me gusta mucho. Pero si á usted le parece, desde ahora no volveré á leerlo: haré que me lo lean.

Luego se les debe dar el sombrero, acompañarlos hasta la puerta, ofrecerles la casa, permanecer en el descansillo hasta que ha-

yan bajado al otro piso, y dar voces al portero para que retire del portal á su esposa, si está lactando en aquel momento, porque es una mujer que no se cuida de nada.

Y nada más.

Y así llegaremos á viejos, ¡oh jóvenes amables!

Otra estupefacción.

Tampoco nos han buscado los diputados provinciales que han ido al manicomio de San Baudilio.

No lloreis: han ido y *han vuelto*, porque, según parece, los viajes á San Baudilio son de ida y vuelta.

Fué y vino Eustaquio Campo, fué y vino la Somera, fué y vino Pulido...

Y otros fués y otros vinos.

No hay para qué decir que los diputados provinciales de Madrid no fueron como locos; pero sí hay que decir, porque esto nadie se lo figura, que fueron como *inquisidores*, según dice el Sr. Serra en un comunicado que, á peseta la línea, debe haberle costado ciento ocho pesetas, y los céntimos del franqueo.

Pero si es así, no ha tirado el Sr. Serra su dinero por la ventana; porque se despacha á su gusto hablando del proceso, para dar á entender que no cometiéndose hoy en San Baudilio abuso ninguno, es claro como una lente periscópica que no se han cometido abusos jamás; ni aun en la época primitiva en que San Baudilio y el Sr. Llobregat se unieron para fundar el manicomio.

—Pues eso... ¡ni que decir tiene! como dice un vendedor de *La Correspondencia* por convicción.

Ya tenemos abierto el Parlamento.

Para los oradores está abierto por la calle del Florín y por la calle de Floridablanca (sin duda que todo son flores en el oficio), y para los oyentes está abierto por la calle del Sordo. (¿Ha visto usted qué indirecta?)

Las capas procedentes de empeño seguirán puestas á la venta en el mismo precio que antes; pero ¿y la satisfacción de los políticos de pura sangre?

Nos referimos á esos que no saben hacer un plano, ni redactar una receta, ni varear una arroba de lana, ni estucar una alcoba; ellos no saben nada de nada; pero saben hablar, aunque sea muy mal; y hablan... ¡bendito Dios!

Pues los mantones de pelo seguirán costando lo mismo que hasta aquí; pero ¿y la satisfacción con que los lectores de los diarios se enteran por ellos de que D. Fulano puso verde á D. Mengano, y de que D. Zutano puso de oro y azul á D. Peréngano?

¿Pues y cuando hay señoras en las tribunas?

Entonces, entonces es completa la semejanza del Congreso con un reñidero de gallos.

¡Ah! Si permitieran á los espectadores hacer apuestas, ¡qué bien se pasaría el rato!

—¡Cinco duros lleva el entrecano!

—Van, contestaría una espectadora.

—¡Dos pesetas lleva el tuerto!

—¡Lleva cincuenta pesetas!

—¡Lleva una onza!

Habría político que llevaría un caudal.

Y lo llevaría tan lejos, que no volveríamos á verlo.

La esposa del general Boulanger quiere divorciarse.

Está indignada con motivo del prestigio político de su esposo.

Las señoras de la aristocracia de París lo han tomado muy á pechos (el prestigio político), y se lo disputan (al esposo) para darle de comer y de cenar, y pasearlo en coche y que lleve una vida higiénica.

Al General le sienta muy bien este género de vida; pero su señora no está por la inmortalidad ni por la higiene.

La verdad es que la mujer toma la política con mucho más calor que el hombre.

¡Calculen ustedes cómo la tomarán las mujeres de un país en el cual los hombres políticos se baten por Boulanger!

*Elles se debatent*, de seguro.

El patriotismo puede llevar á una francesa muy lejos.

Dígalo Juana de Arco, que realizó tantas proezas, á pesar de ser doncella.

¡Si llega á ser casada!...

Dice un periódico que será muy reñida la votación para cubrir la vacante que hay en la Academia de la Lengua.

A nosotros no nos parece así.

Creemos que el Sr. Comelerán triunfará sin trabajo alguno, y en virtud de la superioridad de sus trabajos literarios sobre los de Pérez Galdós.

¿Qué duda cabe?

También creemos que Valera, Castelar, Campoamor, Núñez de Arce, Echegaray y demás votantes de Galdós están en el caso de irse á otra casa, y decir á los otros las palabras del cuento de Sancho:

«Sentáos, majagranzas; que donde quiera que yo me siento, allí estará la cabecera.»

El Ateneo atraviesa una crisis fatal.

Lo mata la casa nueva.

Como otras muchas concepciones (también de cal y canto) del mismo origen, la casa nueva tiene mala sombra.

Además, hay algunos que han fromado empeño en que no tenga pizca de talento el que no tenga quince duros.

Y si con esto se proponen cerrar el paso á ciertas ideas ultraliberales, no advierten que así las dejan circular por todas partes, quedando preservados del veneno únicamente los porteros de la fúnebre mansión.

Conque, animense á suprimir la cuota y dar los jueves y domingos bailes de máscaras, sin guardarropa, y repartiendo muchos billetes de favor.

Bien entendido que, por lo que á Nós toca, ni por ésas.

Los pavos suffren el decreto de proscripción, y su lamento (esa gárgara de ruido, como diría uno que firma cosas de otro), da á entender claramente que se les atraganta la sintaxis municipal y el veterinario del Municipio.

¡Pobres pavos!

¡Ellos que pensaban votar á Comelerán!

F. SERRANO DE LA PEDROSA.



**¡AQUÍ, AQUÍ!**

El precioso grabado que aparece en la portada de este número representa un bellissimo grupo que constituye una obra poética, graciosa y de notable ejecución.

El asunto es trivial, baladí; pero la donosura y realidad que resplandecen en el cuadro no pueden encerrarse en una descripción. Es imposible sacar más partido de una muchacha que busca en las espaldas de la abuelita uno de esos insectos que tanto mortifican.

El Sr. Brocos es acreedor á los generales aplausos y entusiastas elogios que esta obra de arte mereció en la Exposición general de Bellas Artes.

**ESPADAS, CASCO Y ESCUDO DE FRANCISCO I de Francia.**

Durante un período de tres siglos conservóse la armadura del prisionero de Pavía, que representa nuestro grabado, en la ciudadela de Inspruck, capital del Tirol; y la espada en el Alcázar de Toledo, y después en la Armería Real de Madrid.

En la actualidad, tanto la armadura que vistió en la célebre jornada de Pavía el rey de Francia Francisco I, como la espada que hubo de rendir en aquel día memorable á un modesto soldado español, Diego de Avila, acompañado de Juan de Urbietta, figuran en el Museo de Artillería de París, con el núm. 832, desde que en 1808 le fué entregada al mariscal Murat.

**TIPO DE MUJER DE JERICÓ**

A pesar de los años transcurridos, se encuentran todavía tipos que reflejan el carácter de las razas de que nos habla la Biblia.

Las mismas costumbres imperan aún en extensas comarcas, donde tienen su origen las ideas del progreso y la regeneración de la humanidad; luchas análogas ofrecen á cada paso aquellas tribus, que reflejan con admirable perfección las primeras guerras de que nos habla la historia, y, lo que es más doloroso, muchos miles de seres humanos ignoran los adelantos morales y materiales obtenidos por la civilización en tan largo número de años.

El grabado que representa una mujer de Jericó demuestra la existencia de ese atraso, que constituye una afrenta para las naciones civilizadas.

**TIPO DEL FELAH DE JUDEA**

Análogas consideraciones se nos ocurren al contemplar este grabado, que las hechas al tratar de la mujer de Jericó.

El *Felah* de Judea es el labrador de aquel suelo, regado tantas veces por la sangre de los mártires de nuestra religión y los soldados de las Cruzadas, y todavía aparece dominado por sus fanáticas creencias, haciendo alarde de repugnante desprecio hacia las conquistas de la civilización.

**EL SUBMARINO «PERAL»**

No pretendemos hacer una descripción de este nuevo invento, cuya trascendencia es tan grande, que en estos momentos inspira vivas inquietudes á los amigos y adversarios del Sr. Peral.

La navegación submarina es un problema de cuya solución depende el porvenir de la guerra marítima. Es una revolución completa en la táctica naval; y si las esperanzas fundadas en este buque submarino reciben completa confirmación, puede asegurarse que España será de las primeras naciones del mundo que podrá tener sus puertos al abrigo de cualquier ataque, con gastos relativamente insignificantes.

En estos momentos se espera con ansiedad el resultado de las pruebas del submarino *Peral*; pero,

cualquiera que sean las ventajas obtenidas, su autor merece bien de la patria, y la admiración de todos los españoles.

**¿QUIÉN GANA Á QUIÉN?**

El pensamiento que inspiró esta composición revela un atrevimiento que sólo puede vencer el arte con el auxilio del genio.

Es terreno en extremo escabroso presentar en ese cuadro el bosquejo de aquellas guerras civiles de otros tiempos, sostenidas por la superstición unas veces, y las más por el predominio de la religión sobre la política, que llegaron á producir hondas perturbaciones en la sociedad, y que la historia señala como los problemas que mayores trastornos y perjuicios han producido á la humanidad.

Indudablemente, el autor ha debido vacilar antes de acometer semejante empresa; pero su talento artístico ha vencido las más grandes dificultades, presentando un cuadro lleno de sentimiento, animación y vida, donde se retratan costumbres de tiempos ya remotos.

**P E T R A**

El cuadro que representa nuestro grabado de la pág. 524 es un precioso alarde de donosura, viveza y talento artístico.

El autor ha buscado el efecto, y no el asunto, consiguiendo hacer una obra simpática, presentando solamente una muchacha que lleva en las manos deliciosos manjares que, según demuestra su alegre fisonomía, envidiarán muchos aficionados á suculentas comidas.

**La historia de la artillería española.****(CONTINUACIÓN)**

¡Cuántos episodios gloriosísimos andan por nuestra incuria oscurecidos ó desfigurados! Buen ejemplo de este olvido es la valerosa ocupación de las islas de Fernando Póo y Annobón por nuestro coronel D. Joaquín Primo de Rivera, en Octubre de 1778, al frente de 150 soldados intrépidos, que perecieron en su mayor parte, víctimas de los combates y de la inclemencia de aquel mortífero clima. Del eterno Dos de Mayo no hemos publicado otra cosa que el discurso apologético de D. Ramón de Salas, y la interesante Memoria del coronel Arango, trabajos olvidadísimos ambos, que fuera oportuno reproducir en un folleto, adicionándoles la carta, todavía inédita, en que el capitán don Juan Nepomuceno Cónsul participaba á su familia los pormenores de aquella gloriosa catástrofe, á que sobrevivió, para sucumbir poco más tarde en la defensa de Zaragoza. De los dos celebrados sitios de al capital aragonesa apenas tenemos más noticias que la historia populachera, escrita con tanta pobreza de ideas y de lenguaje, como escasa crítica, por el doctor D. Agustín Alcaide Ibica, y á fe que de ella poca sustancia puede sacarse referente á los extraordinarios servicios de los artilleros, sin excluir al insigne D. Ignacio López Pascual (1), aquél á quien el conde de Toreno apellidó *pilar de la resistencia*. ¿Por qué no se publica el diario de la defensa de Gerona, que redactó el mayor de brigada D. Pablo Miranda? ¿Quién se acuerda ya de

(1) El insigne D. Ignacio López, á quien el peritísimo historiador de la guerra de la Independencia, general Gómez de Arce, confunde con D. Ignacio López Pinto, es aquel sabio y valeroso oficial de quien dijo el conde de Casa-Sarria "que con la amabilidad de su carácter y la variedad de sus conocimientos supo hacerse lugar principal entre los primeros hombres de España, así como por su valor y servicios en el primer sitio de Zaragoza se colocó entre los primeros héroes de aquella defensa inmortal." Este elogio, con ser tan expresivo, no peca de exagerado, como podrá convencerse cualquiera que lea la mosa noticia biográfica de López, escrita por el célebre D. Manuel José Quintana, y publicada en el núm. 49 de *El Semanario Patriótico* de 14 de Marzo de 1811.

las portentosas hazañas de D. Juan Barbaza en la tenaz resistencia de Tarragona? ¿Quién de la bizarria de D. Juan Guerra de la Vega en el 5 de Marzo de 1838, que conquistó una corbata de San Fernando para el estandarte de la tercera Brigada Montada, cuando ni siquiera cita su nombre el Sr. Pirala en ese insípido relato de la primera guerra carlista, que osa apellidar Historia? ¿Cuántos ignorarán el rasgo de vigorosa iniciativa y valor moral de los oficiales del cuarto regimiento de artillería cuando, en Julio de 1856, conservaban la fidelidad de Galicia, aprisionando al capitán general don Francisco de Paula Ruiz en el momento de montar á caballo para lanzar el grito de rebeldía al frente de la Milicia Nacional de aquel antiguo reino, sublevada contra las prerrogativas de la Corona! ¿Y cuántos episodios como esos será preciso reverdecer para que no perezcan en el olvido?

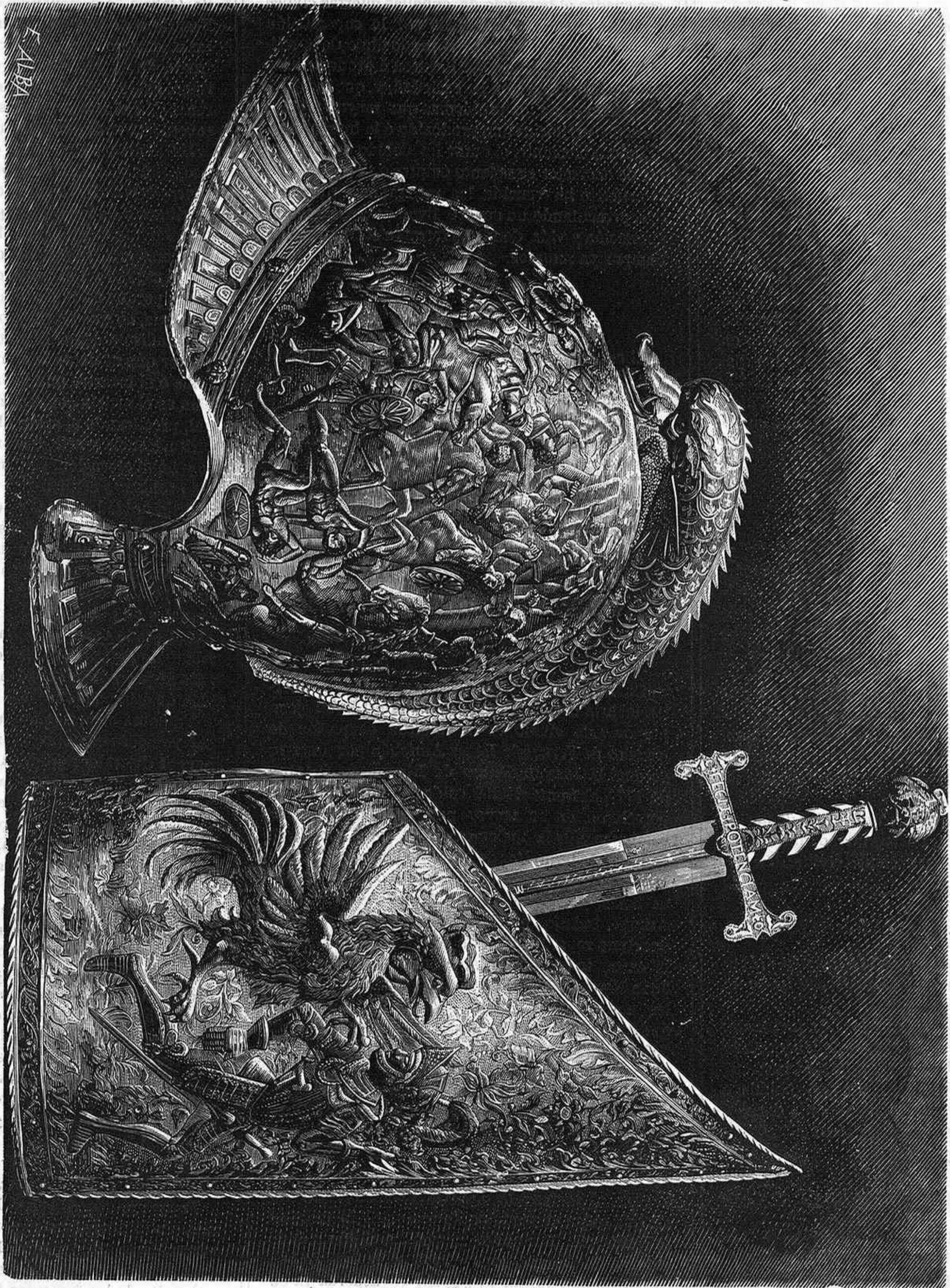
Entre nosotros, y acaso en ello haya tenido poca influencia el *Discurso sobre los ilustres autores é inventores* de D. Vicente de los Ríos, siempre se ha escrito más de los sabios que de los héroes, y hasta el famoso Cristóbal Lechuga, que mereció ambos conceptos, es más conocido por el primero que por el segundo. Esa preferencia es injusta á todas luces; porque en una profesión tan ardua como la artillería, en que teoría y práctica tienen que marchar indisolublemente unidas, si el sabio es el inventor que adelanta la ciencia, el autor que la escribe ó el maestro que la enseña, el oficial en acción es el artista que realiza el efecto útil profesional, practicando el saber al amparo del valor. Espíritu, ciencia y arte, ó sean valentía, conocimiento y hábil ejecución, son indispensables en todos los problemas artilleros; y esos que quisieran dividir la unidad de nuestra escala en dos grupos, de carrera y oficio, ó sea más claramente dicho, de teóricos de gabinete y rutinarios de combate, pueden escarmentar en cabeza ajena con lo que sucedió á la artillería francesa (única entre las continentales en que existe aquel fatal divorcio), que tan atrasado papel jugó en la guerra de 1870, en frente de las baterías alemanas, cuya oficialidad es toda de procedencia académica, en la más lata aceptación de esta palabra.

Ya habrá comprendido mi amigo Vidart que no soy yo de los que miran con indiferencia los altos hechos del valor militar. Antes bien, la profunda veneración que guardo á la memoria de nuestros héroes me ha hecho pensar muchas veces en lo deficiente, desordenado y pálido de esa lista de oficiales muertos en campaña, en función del servicio ó sacrificados en populares desahogos, que de vez en cuando aparece en nuestras escalas. Formada por yuxtaposición de noticias cuando buenamente se adquirieron, sin orden cronológico, sin epígrafes de campañas ó sucesos, sin relieve en la reseña de las respectivas catástrofes, con bastantes errores y no pocas omisiones, ni habla al corazón, ni excita el entusiasmo, ni puede servir á los que vivimos como espejo de nobilísimos ejemplos. Por eso pretendo que la lista se rehaga y perfeccione, y que, con frase breve, se escriba al lado de cada víctima los pormenores del sacrificio, como ya se ha hecho respecto al general Mendoza, á don Diego del Barco, Fonturvel (que durante muchos años figuró con el nombre equivocado de Juan Turve), Temprado, Rochera y Sánchez Salvador.

Porque ¿quién, á la vista de esa relación insustancial, podrá formar concepto de la gallardía con que sucumbieron en Zaragoza D. Juan Pusterla y don José de Saleta, al rechazar, espeque en mano, el tercer asalto de los franceses á la batería del *Rastro*

Nació D. Ignacio en Zaragoza; era hijo de D. José López y de doña Francisca Pascual, ambos de familias infanzonas y ricas; ingresó en el colegio de Segovia el 19 de Agosto de 1793, ascendió á subteniente en la promoción de 1798, y aunque en la escala del cuerpo no pasó de capitán, había sido recompensado con empleos duales por sus extraordinarios servicios en la guerra de la Independencia, y era Brigadier de ejército con esperanzas de ocupar los primeros destinos del Gobierno nacional cuando, acometido por la fiebre amarilla, sucumbió en la isla de León el 25 de Octubre de 1810, á los treinta y cuatro años de edad. Tengo emborronada una biografía de este ilustre artillero, que algún día verá la luz en nuestro *Memorial*.



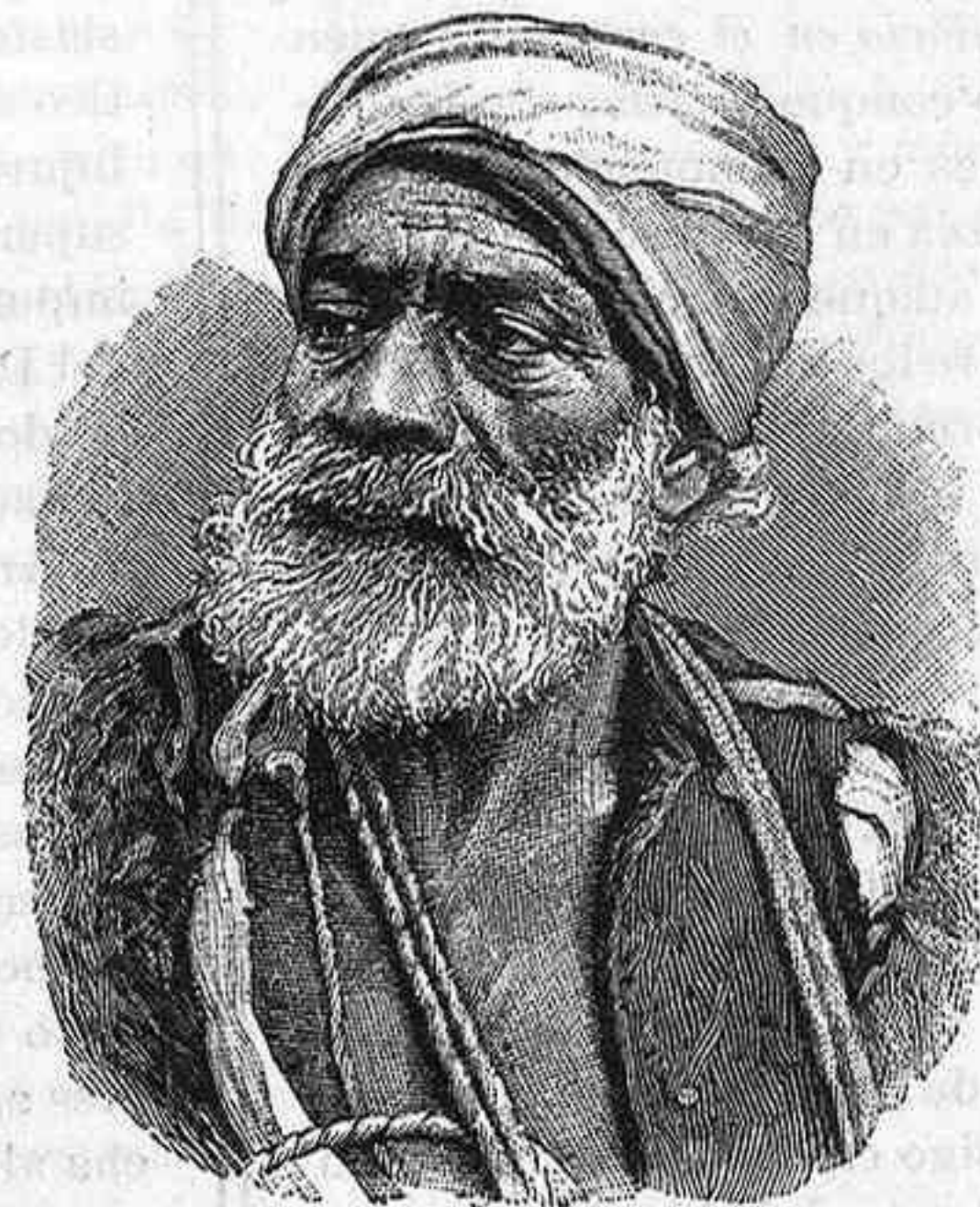


CASCO, ESCUDO Y ESPADA DE FRANCISCO I DE FRANÇIA



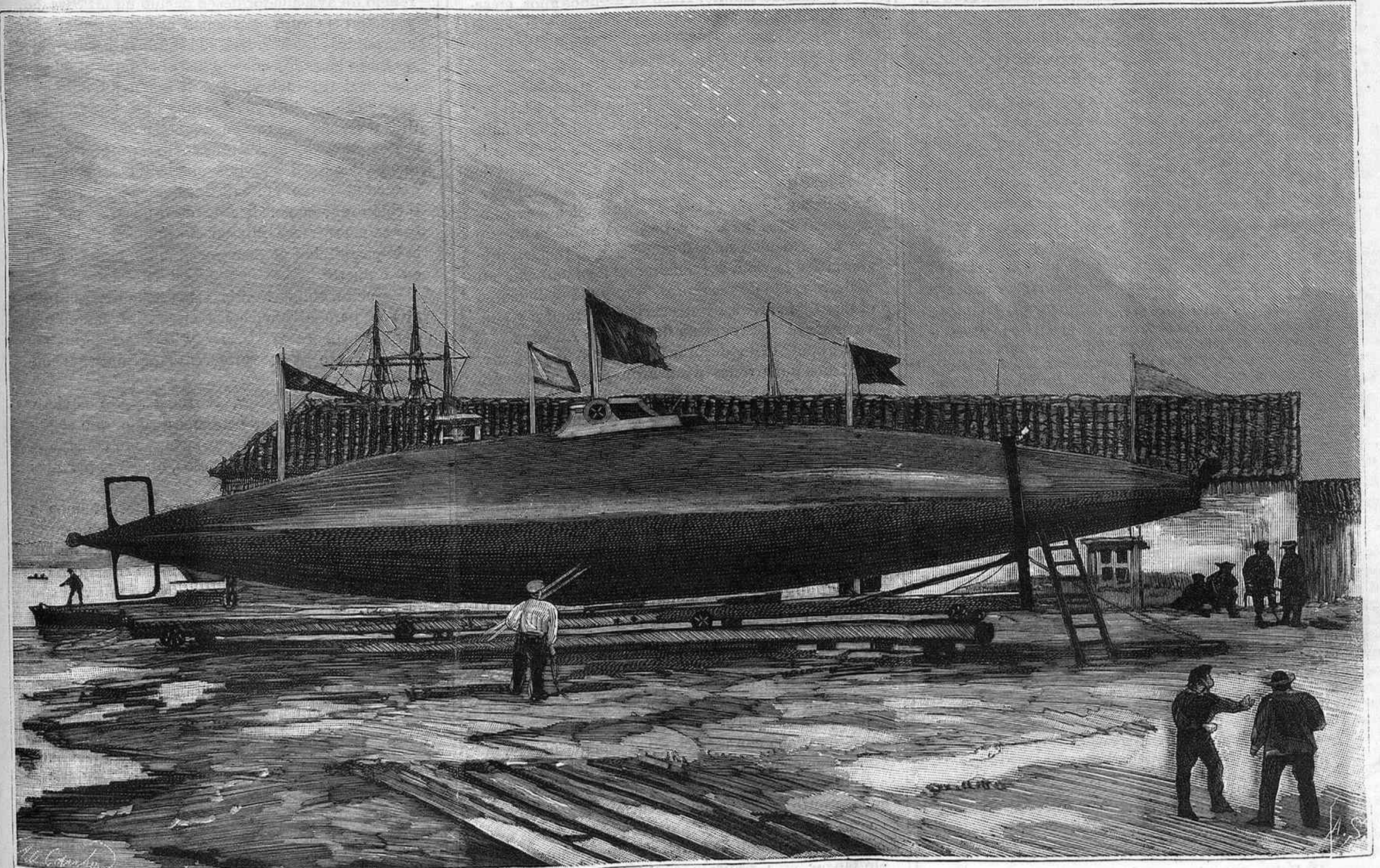


TIPO DE MUJER DE JERICÓ



TIPO DE FELAH DE JUDEA

(Fotografados de Laurent.)



MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA EL SUBMARINO «PERAL»



de los Clérigos, (1) en el memorable 21 de Diciembre de 1808? ¿Quién descubrirá en la incolora noticia de la muerte de D. Miguel Panés, aquel Panés intrépido y bizarro, de que nos habla el general Navarro Sangrán (2) que, herido mortalmente en Aranjuez, no consiente que se le retire del campo de batalla mientras le dure un soplo de vida, y sigue animando á sus soldados con la voz y el ademán, hasta que al fin expira con el nombre de la patria en la boca, con la esperanza y la gloria en el corazón? ¿Quién reconocerá el heroísmo con que sacrificaron la dulce vida los dos Chacones en Almonacid, Andrade en Panadella (3), Alverola en los bosques de Santo Domingo y Arana en el ataque de Balaguer? ¿Quién distinguirá mañana, entre los nueve mártires del 22 de Junio de 1866, comprendidos bajo una llave común, el noble grupo de los cinco oficiales sacrificados en el cuartel de San Gil, de los que, como Balanzat y Escario, lo fueron en las calles; ó de los que, como Fontes y D. José de Henestrosa, perecieron en la lucha de aquel día de horror? ¿Por qué no figuran en la fúnebre lista el sinventura D. Juan López Pinto, compañero de Torrijos en la hecatombe que espantó á Málaga el 11 de Diciembre de 1831 y aquel D. Vicente de Reina, padre, jefe y hasta fundidor de la artillería de Zumalacárregui, muerto valerosamente en enemigo campo, pero honrando al cuerpo que le formó con el brillo de su saber, bizarría y caballerosidad? ¿Qué respetos humanos han impedido escribir que el coronel Aguilar y el teniente coronel Rivas, fenecidos en Sevilla el 13 de Mayo de 1848, no cayeron peleando en noble lid, y sí alevosamente asesinados por las turbas y soldadesca que seguían á los rebeldes Portal, Gutiérrez y Moriones? ¿Por qué no se da cabida entre las víctimas de esos salvajes atentados al benemérito general Canterac, de artillera procedencia, sacrificado el 18 de Enero de 1835 por una tropa insurrecta, á la que se perdonó y se tributaron honores militares, como si tan escandaloso delito hubiera sido un acto meritorio (4)? ¿Por qué, en fin, no se incluye también al anciano general D. Miguel de Ceballos, subinspector del quinto Departamento (5), asesinado por los titulados patriotas de Valladolid, en Junio de 1808, porque no había podido evitar la primera entrada de los franceses en Segovia?

Sobrara con lo dicho para dejar bien probada la necesidad de que se rectifique y perfeccione nuestro descolorido martirologio: pero hay más todavía; que no son el hierro y el fuego, el plomo y el naufragio, los solos elementos matadores. Mata á veces la sublime exaltación del pundonor, y así sucedió al capitán D. Enrique Casaprin al abandonar el lecho en que le postrara la fiebre amarilla para vo-

(1) He oído contar sobre el terreno los detalles de la muerte de ambos oficiales al anciano y benemérito coronel de infantería D. Joaquín Ruiz, padre de nuestro compañero el teniente coronel D. Enrique Ruiz Carascosa. El coronel Ruiz, subteniente entonces del regimiento de Murcia, cayó gravemente herido de bala, de bayoneta y de un terrible culatazo que le destruyó la boca, al lado del cadáver de Pusterla.

(2) Véase el ya citado discurso de apertura de la Academia de Alcalá.

(3) De la gloriosa muerte de este oficial y de los 27 artilleros que mandaba, da noticia una interesante nota inserta en la biografía del general García Loygorri, que escribió nuestro sabio general, ilustre amigo y carísimo profesor, D. Pedro de la Llave.

(4) Desgraciadamente tiene muchos precedentes en España, y no es de ahora que se perdona, y hasta se premia, el asesinato. Pero el indulto concedido al ayudante D. Cayetano Cardero y compañías sublevadas del segundo de Ligeros, que en la Puerta del Sol mataron al Capitán general y malherieron á su ayudante de campo el marqués de Lazán, fué tan escandaloso, que el ministerio Martínez de la Rosa-Llauder cayó vergonzosamente, derribado por la indignación pública. En ambos Estamentos tronó la honradez contra la cobardía ministerial; pero en el de Próceres llegó la indignación á su colmo por los enérgicos discursos del general D. Vicente Quezada y de nuestro D. Joaquín Navarro Sangrán, que, interpellando al Gobierno, prorrumió en este valiente apóstrofo:

"Pero este perdón, ¿cómo se verificó? ¿No bastaba que la tropa, seducida por los conspiradores, saliera con sus armas y tambor batiente, sino que aún era menester que la leal guarnición le hiciera honores como á una tropa que saliese por capitulación? Aquí es donde pierdo los estribos. ¿Cómo es eso, señores? ¡Honores militares á los traidores, y hechos por los leales! ¡Oh vergüenza! ¡Vergüenza del honor militar!"

(5) Hallo esta noticia en la historia anónima de Fernando VII, de que hablaré más adelante. Tomo I, libro IV, página 175.

lar á su puesto de combate y sucumbir en él á la violencia de la enfermedad en los comienzos de la insurrección dominicana, de que fué primera víctima. Mata un Real decreto tan insólito, injusto y fecundo en calamidades de todo género, como el suscrito en 1873 por D. Amadeo de Saboya para la disolución del Cuerpo de Artillería, á cuya lectura cayeron muertos repentinamente nuestro venerable general D. Domingo Cuadrado y aquel entusiasta brigadier D. Fernando de Camus, tan simpático á todos por sus prendas caballerescas. Mata la injuria lanzada contra el honor del súbdito por el superior jerárquico, envuelto en el manto de odiosa impunidad; y así aconteció al sabio y virtuoso coronel D. Joaquín de Villaba y Heredia, que, intentando apaciguar con prudentes consejos la desatentada furia del rudo é irascible Capitán general de Aragón Seoane (precipitado ya en la pendiente que le condujo al abismo de Torrejón de Ardoz), recibe en pago de sus leales advertencias un insulto tan grosero, que el dignísimo coronel, víctima de instantánea apoplejía, rueda á los pies de quien tan injustamente le agraviara, para morir á las pocas horas en el mismo lecho del ofensor el 9 de Julio de 1843. También mata el hambre con horribles agonías, y ese lamentable fin cupo en desdicha al valiente de los valientes, al dignísimo mariscal de campo y coronel del cuerpo D. Manuel de Velasco. ¿Conocías el nombre, las hazafías y dolorosa muerte de este héroe? Acaso no, porque es historia muy olvidada. Voy á referírtela.

MARIO DE LA SALA

(Continuara.)

## ¡Desperta, ferro!

AL SR. D. EMILIO BONELLI Y HERNANDO

DIRECTOR DE "LA ILUSTRACIÓN NACIONAL"

Mi querido Emilio: Hace ya algunos años, en serena mañana del mes de Abril, me embarqué en Málaga con rumbo á Gibraltar. Era mi objeto pasar á Tánger y visitar el imperio marroquí. La mar estaba tranquila, y reflejaba en su tersa superficie el azul incomparable de los cielos. El vapor que me conducía, viejo buque mercante, efectuaba el viaje de Málaga á Cádiz, haciendo escala en la población inglesa. Todo el pasaje, compuesto de personas de diferentes clases y condiciones, paseaba por la cubierta y formaba animados corros, ó, asomado á las bordas del buque, admiraba uno de los espectáculos más hermosos que pueden presentarse á la vista del hombre: el de aquel mar tan bello, cargado de recuerdos, que pudiera llamarse el mar de la civilización, acariciando mansa y suavemente la costa cercana de la riente Andalucía.

Lentamente la decoración cambió de aspecto: cárdenos nubarrones avanzaron por el anchuroso espacio, y las aguas comenzaron á agitarse, haciendo cabecear el buque con poderosas sacudidas; el barco, que á las seis de la mañana había salido de Málaga boyante y rejuvenecido por la alegría prestada de un sol clarísimo que le acariciaba con sus besos de oro, parecía á las doce viejo cansado, que arrastra con trabajo sus fatigadas piernas. Entonces, allá á lo lejos, en la turbia neblina, en que se confundían el cielo y el mar, apareció un monolito de piedra, perceptible apenas, y que, sin embargo, en su vaguedad extraña hizo latir mi corazón con nota sorda y profunda.

¡Gibraltar!... Esta palabra corría por todos los labios. Era la vez primera que mis ojos le veían, y un sentimiento de cariño y pena se amalgamaba en mi alma y no me permitía apartar la vista de aquel peñasco que cada vez, y conforme avanzábamos, dibujaba con más claridad sus perfiles en el fondo ceniciento del horizonte. Los demás pasajeros experimentaban impresiones semejantes, y bien pronto nuestras conversaciones nos convencieron de que es imposible que por los mares que bordean la punta de Europa cruce español alguno sin lanzar viva protesta contra la usurpación de aquel pedazo de tierra española, arrancada al territorio augusto de la patria

Era ya próximo el oscurecer cuando cruzábamos por delante del colosal peñasco. Por entre las quiebras de las peñas, casi en la cúspide del picacho, vimos pasar un soldado inglés que hacía impasible su centinela. Debajo de aquella fortaleza, en que ondeaba el pabellón británico, teniendo á la vista la costa africana, teatro por aquella parte de nuestros gloriosos combates en 1859 y 1860, no se necesitaba por cierto tener la sangre muy ardiente para que, al pasar por el corazón, corriese con mayor viveza, con latidos de verdadero patriotismo.

En aquel momento, por la boca del Estrecho vimos avanzar hacia nosotros algo pavoroso y enorme, que, á estar en tierra, hubiéramos tomado por espesa nube de polvo, y que allí no sabíamos cómo calificar, aunque claramente comprendíamos que era peligro cierto é ineludable para el viejo vapor en que bogábamos. Corrió la gente marinera á la voz del capitán, que desde el puente dirigía las maniobras con ademán serio é imperturbable.

—¿Qué es esto? díjeme yo, sin que me dejara muy satisfecho el enigmático *allá veremos* con que contestó á mi pregunta.

Instantes después la nube blanquecina, que con terrible velocidad avanzaba, envolvió el barco, y sentimos el choque tremendo del viento, que inclinó el buque por manera horrible, hasta hacerle casi tocar con sus bordas el nivel del mar. Al mismo tiempo el agua del cielo descargó á torrentes sobre nosotros, y entre la penumbra cenicienta que nos rodeaba perdimos de vista hasta la cercana costa. Tan sólo de una manera vaga, enhiesta y amenazadora, se dibujaba entre las sombras la silueta medio borrada del peñón inglés.

Y en aquella angustia, entre la pálida claridad del cielo y del mar, y los, por el peligro, pálidos rostros de mis compañeros de viaje, recuerdo que con honda fijeza se clavó en mi mente una idea, reflejo de avasallador deseo nacido en mi corazón, y que no era otro que ansia ardiente de que mi cuerpo, tras los horrores del inminente naufragio, no fuese lanzado, cuando las olas dejasen su presa, á la tierra inglesa ni á la marroquí, sino que, aunque golpeado y maltrecho, lo dejaran en piedras ó arenas que fuesen españolas.

Por fortuna, la aventura no terminó trágicamente, como en aquellos momentos creíamos los que en el buque nos encontrábamos, y pasado el turbión fondeamos delante de Algeciras, por haber sonado ya en Gibraltar el cañonazo que indica la imposibilidad de penetrar ninguna embarcación en su puerto.

Resucito, amigo Emilio, estos recuerdos, porque no son para olvidadas las circunstancias en que por vez primera ví parajes y territorios que han sido siempre objeto preferente de nuestras conversaciones.

Marruecos, Gibraltar, Portugal... ¿No es cierto que vale más pensar y ocuparse de ello, que seguir el minucioso juego en que se enredan constantemente, al vaivén de los sucesos, nuestros partidos políticos?

Y no es ciertamente que tú ni yo desdeñemos la política, que tan capital importancia tiene en el proceso de los acontecimientos en que se desenvuelve la vida patria, siguiendo su trabajoso camino por las vías del progreso. Pero mil veces te he oído decir, y me he adherido con ardor á tu idea, que la verdadera política necesita grandes ideales, si no ha de degenerar en bastardo balance de pasiones, que podrán saciar las concupiscencias de los hombres, pero no añadir un átomo de grandeza á nuestra querida España.

Sigan los partidos su lucha de principios, procurando implantarlos en la realidad, y sirvan el Parlamento y la prensa de palenques, en que al choque de las doctrinas broten las mejoras que puedan realizarse para bien del país en la esfera de los adelantos morales y materiales. Pero no se olvide que por encima del triunfo inmediato, del logro del poder, deben alzarse majestuosos, informando y engrandeciendo la mezquina lucha diaria, aquellos pensamientos profundos y elevados



que, resultado de la historia patria, son á un mismo tiempo deuda sagrada para con las muertas generaciones españolas que nos mostraron el camino y deber que radica en las fibras íntimas del corazón para las que en lo porvenir han de surgir, y que podrán pedirnos ante el tribunal de la historia estrecha cuenta de lo que hayamos dejado de realizar.

Marruecos, Gibraltar, Portugal, no son hoy problemas preñados de sangre y lágrimas. Detrás de esos nombres no resuena ya el fragor de los combates y el estampido de los cañones. La civilización, de que no en vano nos gloriamos en este último tercio del luminoso siglo XIX, no tolera ya las bárbaras conquistas de que fueron en otros tiempos teatro las naciones. La reivindicación de derechos que arrancan del fondo de nuestra historia, la aspiración de hermanos que amorosamente se tienden las manos, debe realizarse por medios persuasivos y pacíficos. ¡Malhaya aquél que tache de utopías ideas nobles y generosas, que por lógica de la vida histórica habrán de realizarse en el curso de los tiempos!

Y aquí he de explicarte el objeto principal de estas líneas, y que se encierra en una pregunta, á la que por mí mismo no he encontrado contestación satisfactoria.

Has consagrado tu existencia á lo que algunos llaman tu *sueño* de Marruecos. Puede decirse que no hay un momento de tu vida que no hayas dedicado á ese objetivo. Te he oído decir cien veces que para tu empresa has de aprovechar todas las ocasiones que se te presenten y has de hacer siempre y en todas partes la propaganda de tus ideas, que repercuten con simpática resonancia en oídos españoles. Aquí viene la pregunta, amigo Emilio, que mi franqueza innata me obliga á hacerte, á riesgo de caer en tremenda indiscreción.

Director, aunque con carácter interino (porque tus exploraciones y trabajos en Africa no permiten otra cosa), de un periódico de gran circulación, ¿cómo no ha brotado nada de tu pluma que ni remotamente se refiera á la cuestión á cuyo servicio has puesto constantemente tu inteligencia y por la que en algunas ocasiones has expuesto tu vida?

Puedo decirte que cada vez que recibo un número de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, título que te obliga tanto más, cuanto que la nación, en materia tan importante, nunca será bastante *ilustrada*, busco algo que me indique que su director es Emilio Bonelli. Y como no lo encuentro, y como sé que es tu alma incapaz, en tal asunto, de desaliento, no hallando medio de explicarme tu silencio, me resuelvo á formular una pregunta, cuya contestación de tu antigua amistad espera

ENRIQUE CORRALES.

Madrid, Noviembre de 1888.

### Cantares.

Anoche al salir la luna  
me preguntaba por ti,  
y yo lloraba de pena  
al no saber qué decir.

Es la esperanza un consuelo  
que jamás puede perderse,  
pues al más triste le queda  
la esperanza de la muerte.

Los males del alma dicen  
que se curan con el tiempo,  
y cuando yo no me curo  
es señal de que estoy muerto.

En este mundo se estima  
lo abundante á bajo precio;  
por eso valen tan poco  
las lágrimas que yo vierto.

De que nadie te dé muerte  
puedes vivir sin temor:  
no hay hierro que no se embote  
al dar en tu corazón.

JUAN MORALES PLEGUEZUELO.

## VILLAMARTÍN Y LOS TRATADISTAS DE MILICIA

EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

(Conclusión.)

XIX

Hasta aquí lo que yo escribía hace cuatro ó cinco años; y ahora, continuando mi interrumpido discurso, relataré un hecho curioso. La carta que escribió el general Serrano antes de la batalla de Alcolea, parece que estaba redactada por el insigne poeta dramático D. Adelardo López de Ayala, y la contestación que á esta carta firmó el general señor marqués de Novaliches, estaba escrita por el comandante Villamartín: y es coincidencia notable que estas dos personas, autores de las cartas que se cruzaron en ocasión tan solemne, se hallen hoy enterradas en un mismo patio del cementerio de San Justo, estando el monumento consagrado á Ayala, casi al lado del consagrado á Villamartín.

Villamartín, cuando el general Novaliches, de quien era ayudante de campo, se negó á jurar la Constitución de 1869, siendo por esta causa privado de su empleo, fué declarado de reemplazo; y estando en esta situación ocurrió su fallecimiento en 16 de Julio de 1872. Yo era admirador de sus obras y de su mérito, pero mi voz era demasiado débil y mi esfuerzo personal muy pequeño para conseguir que su nombre fuese conocido y apreciado en todo lo que realmente merecía. Traté, sin embargo, de hacer lo que me fuera posible, y empecé por pedir un retrato suyo al Sr. Vallecillo, de quien había sido muy amigo, á fin de ampliarlo y procurar que se publicase en *La Ilustración Española y Americana*, acompañando á su biografía, que yo me proponía escribir.

Tan desconocido del público era Villamartín, que D. Abelardo de Carlos me preguntó si tenía aquel escritor suficiente mérito para que *La Ilustración* publicase su retrato y biografía. Claro es que yo contesté afirmativamente á la pregunta, y el señor de Carlos, que me estimaba y me hacía el honor de creer que yo era competente en estas cuestiones de milicia, fiándose en mi palabra, publicó el retrato y la biografía. Ocurría esto el año 1876, y calculando yo que la familia de Villamartín no habría comprado sepultura perpetua sino solamente por cuatro años, y que estando éstos para terminar, pronto irían los restos del ilustre escritor á la fosa común del cementerio: no teniendo, por otra parte, tiempo para comprobar por mí mismo si esta sospecha era fundada, me limité á indicarla al final de la biografía, y consigné á la vez la conveniencia de que por medio de una suscripción nacional se reuniera la suma necesaria para erigirle un sepulcro monumental que guardase sus restos mortales. A poco tuve ocasión de convencerme de que faltaba poco más de un mes para que los restos de Villamartín fueran sacados de su sepultura y arrojados al osario común; rogué que esto se aplazara por algunos meses, y me dirigí á *El Correo Militar* con una carta pidiendo que se iniciase una suscripción, que en efecto se abrió bien pronto, con la expresada cláusula de que cada cuota no pudiera exceder de 20 reales, para que de este modo nadie tuviera por compromiso que imponerse ningún sacrificio superior á sus medios de fortuna. Así y todo, y con tan pequeñas cuotas, se consiguió reunir lo bastante para hacer la traslación de los restos mortales de Villamartín á una decorosa sepultura, aún no terminada, del cementerio de San Justo. La Comisión nombrada para el expresado objeto fué presidida por el general don José de Reina, y de ella formaron parte los señores D. Gaspar Núñez de Arce, presidente actual del Ateneo de Madrid, los brigadieres Sres. Puig y Clos, el director de *El Correo Militar* D. Melchor Pardo, los redactores de este periódico D. Arturo Cotarelo, D. Rodrigo Bruno, D. Luis Bonafox, D. Enrique Vicente del Rey y D. Enrique Vercruyse, el diputado á Cortes D. Joaquín González Fiori, el capitán

D. Julio Seguí y el que en este momento os dirige la palabra. Por causas de muertes, ausencias y otras, la *Comisión-Villamartín* se halla hoy constituida en esta forma: Presidente, el teniente general D. José de Reina (1); vocales, los Sres. Núñez de Arce, González Fiori, Pardo, Cotarelo, Seguí y Vidart, y secretario, D. Luis Bonafox.

Esta Comisión ha conseguido, no solamente reunir los fondos suficientes para hacer la traslación de los restos desde el cementerio de la Patriarcal al de San Justo, y para comenzar el monumento, sino que logró, y mucha parte tuvo en ello el general Reina, que por el Ministerio de la Guerra se consignase una cantidad para hacer la reimpresión de las obras de Villamartín, destinando el producto de la venta á la terminación del monumento. El general Martínez Campos tuvo la honra, y yo me complazco en rendirle este tributo de justicia, de poner su firma en la Real orden disponiendo la reimpresión; y tengo también la obligación de reconocer lo mucho que en este asunto se interesaron los señores marqués de Fuentefiel y marqués de Torrelavega, antecesores del general Martínez Campos en el ministerio de la Guerra.

XX

Algo más se había hecho por la fama de Villamartín. En la corta vida que tuvo el Ateneo Militar le dedicó una velada, en la cual se leyeron trozos de sus obras y el artículo de Vallecillo que después se ha publicado en un folleto con el título de *Apología de Villamartín*.

Esto ha sido todo lo que ha alcanzado Villamartín, que es mucho si se compara con lo que han alcanzado otros escritores científicos. Seguramente el ejército ha dado una prueba de cultura y de entusiasmo, haciendo que esta gloria nacional no muera en el olvido; porque la verdad es que en España tenemos grandes pintores, grandes poetas y grandes novelistas, pero es muy escaso el número de nuestras celebridades científicas; y cuando aparece algún escritor científico que puede ponerse al lado y acaso por encima de los extranjeros, es cuestión de patriotismo y de honra nacional que no pase inadvertido el mérito de sus obras (2).

Y cuenta que en los escritores militares hay tanto mayor mérito, cuanto mayor es la indiferencia pública con que luchan. Villamartín decía en la conclusión de su obra:

«En una época en que las cuestiones militares son las únicas que nada importan al público, y en un ejército, si se quiere de gran amor á la práctica, pero muy poco á la teoría, no hemos titubeado en dar á luz estas incorrectas páginas, aun previendo que el único éxito de ellas sería recibir un elogio de buena sociedad en un círculo de amigos, ó una benévola frase de algún jefe del ejército.» Y después añadía: «Europa se halla en un período de penosa gestación; hay poderosos intereses de pueblo á pueblo, y dentro de cada uno, que no rompen la lucha porque se temen; pero ella por sí misma estallará más ó menos pronto; una chispa fugaz

(1) Pocos días después de pronunciadas estas palabras, falleció el general D. José de Reina, causando su muerte un verdadero y gran disgusto á todos los que componemos en la actualidad la Comisión que presidía.—(N. del A.)

(2) Posteriormente á lo escrito en el texto, mediante la iniciativa del ilustrado oficial de infantería D. José Ibáñez Marín, se celebró una velada en el Centro Militar la noche del 16 de Julio del presente año de 1888 para honrar la memoria de Villamartín, al cumplirse el 16 aniversario de su fallecimiento. Los discursos que se pronunciaron y las poesías y artículos que se leyeron en esta velada se han coleccionado en un folleto que se titula: *Homenaje á D. Francisco Villamartín*; y así pueden leerse en sus páginas el discurso apologético del comandante de infantería D. Rafael Rosado, el artículo del coronel D. Arturo Cortarelo, *Más sobre Villamartín*, un soneto del teniente de infantería D. Juan Lorenzo Lapoullide, un juicio de las obras de Villamartín del comandante don Francisco Martín Arrúe, una poesía del capitán de infantería D. Eugenio de Olavarría, un artículo del comandante D. Manuel Méndez Alzola y un discurso del autor de estas líneas

(N. del A.)





BELLAS ARTES.—¿QUIÉN GANA A QUIÉN? (Cuadro de Domingo Muñoz.)

ARTISTICO  
BIBLIOTECA  
ATLANTICO CENTRAL



promoverá el incendio, y el incendio, arreciado por el huracán de las pasiones públicas y alimentado por cuanto á mano encuentren los pueblos y los Gobiernos, arrasará los campos, preparándolos para el nuevo cultivo. Hoy, al calor de la discusión en todos los tonos, fermentan cuestiones políticas, económicas y religiosas; y por todas partes, en la calle, en el templo, en el mercado, en el Parlamento, en la corte, en el foro y en las escuelas, se ve una sociedad vieja que se rehace, una nueva que avanza, y una media que fluctúa al violento vaivén de las otras dos. Véase si esto no es un abundante semillero de guerras. Por muy remoto que esté el día del peligro, y cualquiera que entonces sea la suerte de nuestra patria, no podemos hoy adormecernos á la suave brisa de la paz que disfrutamos; que cada operario trabaje su parte de tarea con la vista fija en lo porvenir y el oído alebrestado, porque la guerra vendrá, y entonces, ¡ay del pueblo que no esté apercebido! Que se posean de esta idea nuestros oficiales; que despierten su espíritu militar, adormecido por el espíritu mercantil del siglo, y purifiquen su inteligencia, estragada por frivolidades literarias. Si este libro, y otros muchos mejor escritos, no bastasen para conseguir este resultado, todos reunidos, si no sirven para formar escuela, servirán al menos para inspirar amor á esa ciencia en que descansa la salud de los pueblos.»

Y así es la verdad; esa ciencia de la guerra, á que se da tan poca importancia, es realmente la ciencia en que descansa la salud de los pueblos. Representa el ejército, representa la parte militar del Estado, el elemento de vida y de fuerza de la nación; y así, aquel dicho latino: *Si vis pacem, para bellum*, «si quieres la paz prepárate para la guerra,» es una eterna verdad. Es precisa la preparación para la guerra, si los pueblos han de ser respetados y no han de ver de continuo desconocidos sus derechos. Es preciso que todo pueblo tenga política exterior, porque no hay pueblo próspero sin unidad de pensamiento, y esta unidad sólo puede hallarse en la política exterior. La política exterior requiere siempre una poderosa organización militar. No es dinero perdido el que se gasta en ejército: lo que hay es que el ejército debe transformarse, como indica Villamartín, en la escuela militar de la nación. Es necesario que las cuestiones militares sean conocidas por todos los que aspiran al nombre de verdaderos estadistas. A este objeto iban encaminadas las obras de Villamartín, en las que siempre se procuraba popularizar las cuestiones de milicia, llevándolas, no al pensamiento y á las ideas de los militares de profesión, sino al pensamiento y á las ideas de toda clase de lectores. Y este propósito guió también al general Almirante al escribir su *Diccionario militar*; pues como él mismo dice, aspiraba á que fuese leído por las personas no militares de profesión. Y la misma idea propagan y defienden el general marqués de San Román en una serie de artículos que comenzó á publicar en la *Revista Hispano-Americana*, y el coronel D. Eugenio de la Iglesia, en su libro: *La educación militar de la juventud*.

XXI

No habrá medio de que las instituciones militares respondan como deben responder al fin social y político de los pueblos, si las cuestiones fundamentales de la ciencia de la guerra no son por todos conocidas, y si no hay verdadero amor al estudio de estas cuestiones.

Durante mucho tiempo se ha creído que la ciencia militar debía ser conocida solamente por los que siguen la profesión de las armas; que debía ser como un arca cerrada, de la cual no tuvieran la llave más que los militares; y no sólo no es así, sino que es obligatorio para los hombres de Estado, los hombres políticos, para todo ciudadano que ame á su patria, el estudio de las cuestiones militares.

De aquí se origina ese sentido popular, ese sentido social, que domina en las *Nociones del arte militar*, aunque su autor sabía bien, como lo dice en sus cartas y en sus escritos, que no es por este camino como se adquiere en España medro personal. Bien sabía Villamartín que si aquella inteligencia que empleó en escribir sus obras la hubiese ocupado en otros trabajos, no de tanto brillo, pero sí de mayor utilidad, no hubiese muerto de comandante de reemplazo. Y puesto que el trabajo intelectual no suele conseguir en nuestro país ninguna recompensa oficial, es justo y conveniente que el espíritu público premie su abnegación haciéndole justicia, y que ya que los militares que trabajan y procuran servir á su patria no llegan á los altos puestos de la milicia, siquiera que obtengan por recompensa el aplauso unánime de sus agradecidos conciudadanos.

Yo lamento muy de veras, y voy á terminar, que la dificultad con que me expreso quizá no haya llevado á vuestro ánimo la convicción del grandísimo mérito que se revela en las obras del comandante Villamartín. Yo lamento también que mi falta de elocuencia no haya conseguido inculcar en la conciencia de mis oyentes la idea de la conveniencia, de la altísima conveniencia, de la verdadera necesidad, de que las cuestiones militares sean conocidas, no sólo por los militares, sino por todo el mundo, como vulgarmente se dice. Es triste que la oratoria que en España suele desperdiciarse tanto, que las galas del estilo que suelen emplearse en algunas ocasiones que su uso se considera hasta desastroso, no las tenga á su alcance el que las necesita en momentos como el presente; porque si yo dispusiera de esa palabra fácil y abundosa que tienen tantos oradores, estoy seguro que al terminar de oír esta conferencia tendríais la convicción firmísima de que Villamartín era un grande escritor, digno de eterno recuerdo, y de que su trabajo es merecedor de encomio, no sólo desde el punto de vista científico, sino también desde el punto de vista moral; porque fuerza de voluntad se necesita para consagrarse al trabajo intelectual en los turbados tiempos que hoy corren, cuando todos conocemos caminos más fáciles y más floridos, que la áspera senda del estudio, para llegar á la cumbre del poder y de la fortuna cortesana.—He dicho.

LUIS VIDART

### Juan y Juana

Era Juana un portento de hermosura,  
Y Juan, que era poeta y soñador,  
Se enamoró de Juana con locura  
Y la ofreció su amor.

Pero Juana, pensando cuerdate,  
Y que al cabo y al fin era mujer,  
Como Juan era pobre, fríamente  
Despreció su querer.

El pobre Juan, al verse despreciado:  
Vivir sin ella, dijo, no es vivir,  
Y se mató, pensando el desdichado.  
¡Oh, cuánto va á sufrir!

Juana ni se enteró del sucedido,  
Y al año se enlazaba en santa unión  
Con un viejo banquero, un buen marido,  
Y una gran posición.

Hoy, al mirar á Juana tan ufana,  
Exclamo suspirando con afán:  
¡Dios mío, qué talento tuvo Juana!  
¡Y qué tonto fué Juan!

CELSE LUCIO.

### Enterramiento de una persona viva.

Por los periódicos ha circulado la noticia de que el célebre ayunador americano, doctor Tanner, ha dirigido una carta á la Academia de Medicina de París, en la que declara que ha descubierto un medio de producir el aletargamiento en algunos animales, que podrían pasar en dicho estado el invierno sin comer ni beber, y que el procedimiento es aplicable al hombre; comprometiéndose á ensayar su sistema haciéndose enterrar por un número determinado de días.

Tan extraordinaria noticia ha sido generalmente acogida con una sonrisa burlona é incrédula, y no dudamos que si llegara á poner en práctica su extraño experimento, se diría que se valía de alguna superchería, como se dijo cuando su celebrado ayuno, y hubiéramos permanecido en la duda si á su imitador Succi no se le hubiese ocurrido después hacer dos veces el mismo experimento.

En los comienzos de todos los descubrimientos de la ciencia se observa que, no solamente son acogidos con incredulidad por el vulgo, lo cual no es extraño, sino que la *ciencia oficial* suele ser su más mortal enemiga. No parece sino que en ella reside toda la sabiduría.

Si echamos una mirada retrospectiva á los maravillosos descubrimientos de este siglo, no deben sorprendernos, hasta el punto de negarlas, cuantas noticias leamos. Lo prudente es acogerlas con reserva, dejando al estudio y al tiempo el cuidado de comprobarlas.

Por lo que hace al asunto actual, veamos primeramente si hay precedentes análogos, y, en caso afirmativo, procuraremos hallar una explicación racional, siquiera sea hipotética, de tan maravilloso fenómeno.

No habrá persona medianamente instruída que no haya leído, ú oído hablar, de las extravagantes prácticas á que se entregan esos extraños ascetas de la India, llamados *fakires*. Pues bien; una de las más notables, y que es reputada como verdadero milagro por el pueblo, es la de hacerse enterrar por un tiempo prefijado, después de haberse preparado anticipadamente. Creemos que nuestros lectores verán gustosos el siguiente artículo publicado en 1886 por el importante periódico francés *Le Temps*, que habla de esta práctica con verdadero lujo de detalles, traducido en la *Revista de Estudios Psicológicos*, de donde lo copiamos:

«En el momento en que acaba de abrirse en París una clínica más ó menos seria de magnetismo; cuando M. Feré, en la Salpêtrière, y M. Bernheim, en Nancy, prosiguen sus maravillosas investigaciones sobre el hipnotismo, dan tentaciones de recordar los milagros que verifican en la India, desde tiempo inmemorial, los fakires ó yoguis. M. Joliot ha referido, con menos excepticismo del que habría sido preciso, algunos experimentos que ha presenciado en Pondichery. Conócense por otros viajeros, y más recientemente por las cartas del naturalista Hæckel, las prácticas más usuales de los Cagliostros indos, tales como la evocación de apariciones conocidas; la germinación instantánea, á la vista de los espectadores, de un grano plantado en tierra recogida de un jardín, y que produce, en pocos minutos, un florido arbusto; la suspensión del prestidigitador á algunos pies de altura sobre el suelo, sin punto de apoyo aparente, etc.

»Hace algún tiempo, un doctor de Viena, M. E. Sierke, precedido en esta vía por el fisiólogo alemán Preyer, del cual M. Soury acaba de traducir una obra, se ha ocupado de una de las más singulares facultades que poseen algunos de esos fakires: la de simular una suspensión completa de todas las funciones vitales, de dejarse enterrar durante un lapso de tiempo muy largo y resucitar después. M. Preyer llama á esto la *anabiosis* de los fakires.

»Respecto de tales hechos y de la preparación á que se someten los *yoguis* para afrontar los peligros de una inhumación prematura, hay descripciones muy detalladas y dignas de fe, hechas por



el doctor austriaco Honigberger, que durante mucho tiempo ha sido médico particular del bajá de Lahore, Runjet Sing, y de sir Claudio Wade, ministro residente inglés en aquella ciudad. He aquí como resume el doctor Sierke esas noticias en un periódico vienés.

»El yogui que quiere prepararse á ser enterrado vivo, se construye una especie de celda á cierta profundidad del terreno, completamente privada de aire y de luz, con una estrecha entrada, que se cierra con tierra arcillosa cuando el asceta ha penetrado en su retiro. El suelo de esa celda es una capa blanda, formada con algodón cardado y pieles de carnero. El solitario se encierra allí y permanece acostado, primero por poco tiempo, después durante algunas horas, y, por fin, días enteros, hasta habituarse á pasar sin aire fresco. Uniendo ejercicios religiosos á ese tratamiento físico, pasa su tiempo en meditaciones sobre la divinidad, ó en recitar el rosario brahmánico hasta que llega á pronunciar seis mil *syldas*, próximamente, en doce horas. Se acostumbra también á permanecer con la cabeza hacia abajo y los pies en alto, ó á retorcer sus miembros en posturas anormales.

»Después vienen los ejercicios de respiración, gracias á los cuales los fakires llegan á retener el aliento cinco minutos, después diez, veinticinco, cuarenta y tres, y hasta ochenta y cuatro. Aprenden también á tragar considerables cantidades de aire, y hacerlas volver á subir á la boca. En fin, practican en el músculo que une la cara interna de la lengua á la mandíbula inferior una serie de veinticuatro pequeñas incisiones, hecha cada una en el intervalo de una semana, que permiten á aquel órgano doblarse completamente hacia arriba y tapar con la punta la abertura de la laringe. Para obtener este resultado, la lengua se unta con aceites astringentes y sometida á maceraciones sucesivas.

»Aparte de esos ejercicios especiales, el yogui observa las reglas de su casta: se abstiene de todo alimento animal y de todo comercio carnal. Además, se limpia de una manera muy original el estómago, tragando en muchas veces una larga y delgada banda de lienzo, y sacándola después por la boca. Una vez verificados estos ejercicios, el yogui está dispuesto á intentar la aventura entrando en la tumba.

»El más hábil de esos ascetas era un tal Hærides, cuyo retrato dibujó el doctor Honigberger, y que se hizo enterrar muchas veces en su vida. He aquí su procedimiento.

»El día fijado, y en presencia de la corte y del pueblo, se sentaba con las piernas cruzadas sobre un sudario ó sábana de hilo, la cara vuelta hacia Oriente. Fija la vista en la punta de su nariz, al cabo de algunos instantes se producía la catalepsia magnética, cerrábanse los ojos y sus miembros se ponían rígidos. Entonces acudían los sirvientes del yogui y le tapaban las narices con tapones de lienzo impregnados de cera; se envolvía su cuerpo en el sudario, anudándolo encima de la cabeza como un saco; sellábase el nudo con el sello del bajá, y se colocaba el cuerpo en una caja de madera, igualmente sellada.

»Dicha caja era depositada en una cueva de las dimensiones de aquélla, y, que, por lo tanto, la ocupaba por completo. Sellábase también la puerta, se tabicaba después, y esa tumba era vigilada por guardianes de día y de noche. Además, millares de indios piadosos lo rodeaban constantemente para santificarse por la proximidad de un hombre que creían era amado por Brahma. Cuando llega el tiempo convenido para la exhumación, el rajah y su corte van á la tumba, y hé aquí lo que pasa, según el doctor Honigberger.

»El rajah, dice aquél, hizo quitar la tierra arcillosa que tapaba la puerta, y reconoció su sello intacto. Abierta la tumba, que era una especie de nicho, á tres pies bajo tierra, estaba ocupada por una caja de cuatro pies de largo por tres de ancho, que también tenía intacto al sello. El fakir estaba dentro, envuelto en su sudario, y el doctor pudo observar que la tela se hallaba cubierta de

moho, como el lienzo expuesto á la humedad. Los sirvientes del yogui lo sacaron de la caja, y, dejándolo sobre la tapa, echaron agua caliente por la sábana que envolvía al desenterrado, hacia la parte de la cabeza.

»El doctor pidió que se le permitiese examinar el cuerpo del fakir antes de que se procediese á volverle á la vida. Tenía los brazos y las piernas encogidos y rígidos, la cabeza apoyada sobre el hombro, y no se notaba el pulso ni en los brazos, ni en las sienes, ni en la región del corazón. Todo el cuerpo estaba frío, excepto la cabeza, por la cual acababan de derramar agua caliente.

»Los sirvientes habían comenzado á lavar el cuerpo del fakir y friccionaban los miembros. Después se puso sobre el cráneo una capa de pasta de trigo muy caliente, y se repitió esta operación; quitaron en seguida de las narices y los oídos los tapones impregnados de cera; y, por último, uno de los sirvientes abrió con un cuchillo la boca del fakir, que permanecía aún inanimado, y volvió á colocarle la lengua en la posición normal. Fué preciso sujetarla un rato, porque la punta se encorvaba por sí misma hacia la parte posterior de la boca. Frotaron después los párpados del asceta con grasa, y se los levantaron: el ojo estaba vidrioso. A la tercera aplicación de la pasta caliente sobre la cabeza, el cuerpo del fakir se estremeció, las narices se ensancharon, el pulso latió débilmente, y los miembros adquirieron algún calor. El sirviente puso un poco de manteca derretida sobre la lengua del fakir, cuyos ojos adquirieron de repente su brillo. Había vuelto á la vida, y viendo al rajah, le dijo: «¿Me crees ahora?»

»Todo esto había durado una media hora; y pasado otro espacio igual de tiempo, el fakir, aunque débil todavía, pero revestido con un rico traje de honor, y adornado con un collar de perlas y con brazaletes de oro, presidía en la mesa real.

»Había permanecido bajo tierra seis semanas. En otra ocasión, el mismo rajah hizo enterrar á este yogui en una fosa á dos metros de profundidad; cerrósele la tumba á cal y canto, echóse encima tierra vegetal y se sembró de cebada; el fakir permaneció enterrado durante cuatro meses, y no por eso dejó de resucitar.

»La ciencia moderna no puede explicar bien estos hechos; pero es indudable que los fakires se hipnotizan antes de dejarse inhumar.

»Por otra parte, hay en nuestros hospitales ejemplos de letargias absolutas que duran muchos meses. Pero ¿cómo explicar que un ser humano, durante un largo período de tiempo, y aun después de haber reducido al minimum sus funciones vitales, pase absolutamente sin alimento y sin bebida? ¿Debe admitirse que los indios han llegado á suspender completamente la vida sin destruirla, y á restaurarla después, como se hace en nuestros laboratorios con las rotíferas, ó como lo propone M. Edmundo About en una de sus espirituales novelas? Tan temerario sería afirmarlo, como negar los hechos relatados anteriormente, por la única razón de que no podemos explicarlo todavía. La ciencia moderna es más científica que eso.»

Después del artículo anterior nos parece fuera de duda la realidad del fenómeno: verdad que ha sido atestiguada por los viajeros que han visitado aquel país, y que nos vemos obligados á admitir, so pena de desechar el testimonio humano.

Al buscar la explicación del hecho, se presentan dos cuestiones. El cuerpo, mientras está enterrado, ¿tiene en suspenso todas sus funciones vitales? O, por el contrario, ¿continúan éstas en actividad?

Antes de emitir nuestra opinión favorable á la primera hipótesis, séanos permitido hacer algunas observaciones.

Muchas son las fuerzas de la naturaleza que todavía el hombre desconoce, pero que no por eso dejan de actuar en todos los momentos. Hasta hace poco tiempo ignorábamos la existencia de los fluidos eléctrico y magnético. El magnetismo, á su vez, nos ha hecho conocer la existencia del fluido

vital. Este es en el que debemos fijar nuestra atención.

Durante la vida, nuestro cuerpo es una continua renovación de moléculas afines unas á otras. A medida que el cuerpo ejercita sus funciones vitales, experimenta pérdidas, que sustituye por la aspiración y alimentación, siendo el fluido vital la fuerza que transforma el aire y alimentos en moléculas afines á las que ha perdido el cuerpo.

Supongamos que en el cuerpo hay una corriente *fluido-magnética* constante y en una dirección determinada: en este caso, la fuerza vital desempeña con regularidad sus funciones, y el cuerpo está sano.

Si por cualquiera causa se modifica esta corriente, ya en intensidad, ya en dirección, las moléculas estarán afectadas, la fuerza vital no dispone con la misma facilidad de todos los órganos del cuerpo, y sus funciones serán imperfectas. He aquí la enfermedad: representando los remedios que la medicina aplica para el recobro de la salud, el papel de reactivos para hacer volver á la corriente *fluido-magnética* á su verdadera dirección é intensidad.

Por último, cuando se destruye ó inutiliza alguno de los órganos esenciales de la vida, cesa completamente toda corriente y empieza la disgregación del cuerpo, sin que ningún medio pueda devolverle la fuerza vital perdida.

Pero puede también suceder que, por causas aún no conocidas, se establezca una corriente contraria y de igual intensidad; entonces todas las moléculas quedan *paralizadas* (valga la frase). La fuerza vital permanece en el cuerpo é impide la disgregación de éste; pero tampoco puede ejercer ninguna de sus funciones por el estado en que se hallan todas las moléculas. En este extraño caso (catalepsia), la vida se halla en suspenso y volverá á ejercer sus funciones tan pronto como se restablezca la corriente *fluido-magnética* á su dirección normal.

Prescindiendo de los experimentos que se están practicando en algunos animales, la naturaleza nos muestra muchos seres, especialmente las semillas, en los cuales se halla la vida en estado latente por tiempo indefinido, como el grano de trigo, que permanece como tal miles de años, y arrojado después á la tierra en condiciones favorables, desarrolla su fuerza vital y empieza á germinar.

Los fakires se hipnotizan antes de ser enterrados, cayendo su cuerpo en estado cataléptico; es decir, se *polarizan*, conservando la vida en estado latente. Cuando son desenterrados por medio de ciertas aplicaciones, el *fluido-magnético* recobra su primitiva dirección, las moléculas dejan de estar *polarizadas*, y la fuerza vital empieza á ejercitar sus funciones.

Si el doctor Tanner lleva á la práctica, y con feliz éxito tan extraordinario experimento, causará una revolución en la ciencia, la cual, al estudiar el fenómeno, deducirá importantísimas y trascendentales consecuencias.

EUGENIO GARCÍA Y GONZALO

## Comisión permanente

del Centenario de D. Alvaro de Bazán.

Esta Comisión ha acordado prorrogar el plazo de admisión de los trabajos que hayan de presentarse al certamen abierto por la misma, hasta el 31 de Diciembre del presente año de 1888, á las cinco de la tarde, en la Biblioteca del Ministerio de Marina, con el fin de dar mayores facilidades á las personas que deseen tomar parte en dicho certamen.—Madrid 28 de Noviembre de 1888.—El Presidente, *Alejandro Pidal y Mon.*—El Secretario, *Ramiro Blanco.*

.....





BELLAS ARTES PETRA

## Tradiciones americanas.

[BUENA LAYA DE FRAILE]

Fray Pablo Negron era andaluz, y vestía el hábito mercenario. Enemigo de hacer vida conventual, residía constantemente en alguna hacienda de los valles inmediatos á Lima, en calidad de capellán del fundo.

Fray Pablo habría sido un fraile ejemplar si el demonio no hubiera desarrollado en él una loca afición por el toreo. Diestrísimo capeador, á pie y á caballo, pasaba su tiempo en los potreros sacando suertes á los toros, y conocía, mejor que el latín de su breviario, la genealogía, cualidades y vicios de ellos. El sabía las mañas del *burriciego* y del *cornivelelo*, y su lenguaje familiar no abundaba en citas teológicas, sino en tecnicismos tauromáquicos.

Hasta 1816 no se dió, en este siglo, corridas en la ciudad de los Reyes y lugares de diez leguas á la redonda, en cuyos preparativos no hubiera intervenido fray Pablo; ni hubo torero que no le debiese utilísimas lecciones y saludables consejos. El mismo Casimiro Cajapaíco, aquel famoso capeador de á caballo, por quien escribe el marqués de Valleumbroso que merecía que le erigiesen estatua, solía decir: «Si no fuera quien soy, quisiera ser el padre Negrón.»

Inútil era que el comendador de la Merced y aun el arzobispo Las Heras amonestasen al fraile para que rebajase algunos quilates á su afición tauromáquica. Su paternidad hacía ante ellos propósito de la enmienda; pero lo mismo era ver un animal armado de puntas como leznas, que desvanecerse el propósito. La afición era en él más poderosa que la conveniencia y el deber.

Grandes fiestas se preparaban en Lima, por el mes de Agosto de 1816, para celebrar la recepción del nuevo virrey del Perú D. Joaquín de la Pezuela, marqués de Viluma. En el programa entraban tres tardes de toros en la Plaza Mayor, pues no se efectuaban en el circo de Acho las lidias que tenían por objeto festejar al Monarca ó á su representante.

Los listines con que en esta ocasión se obscurieron á los oidores, cabildantes y personas caracterizadas, no estaban impresos en raso blanco, como hasta entonces se había acostumbrado, sino en raso carmesí. Es verdad que en ellos, después de enaltecer, como era justo, las buenas dotes administrativas y sociales del señor de la Pezuela, hablaba mucho el poeta de regar el suelo peruano con sangre de insurgentes.

Fray Pablo anduvo de hacienda en hacienda, en unión de la cuadrilla de toreros, presenciando lo que se llamaba prueba del ganado, y decidiendo

sobre el mérito de cada bicho. Los hacendados, á competencia, querían exhibir lo más fino de la cría, y el fallo del mercenario era por todos acatado sin observación.

La prueba general del ya escogido ganado se efectuó en la Chacarrilla del Estanco, donde había un corral con burladeros. Entre los toros que allí se probaron, hubo uno, bautizado con el nombre de *Relámpago*, y oriundo de los montes de Retes. El torero Lorenzo Pizí le sacó algunas suertes, y en el canto de la uña estuvo que el animal lo despanzurrara.

Pizí era un negro retinto, enjuto, de largas zancas y medianamente diestro en el oficio. Terminada la prueba, lo llamó aparte fray Pablo y le dijo:

—Mira, negro, cómo te manejas con el *Relámpago*, que aunque es cierto que á los toros, más que con el estoque, se les mata con el corazón, bueno es que estés sobre aviso, para que no te suceda un percance. Ese animal es tuerto del cuerno derecho, y por el asta sana se va recto al bulto. Es toro de sentido, de mucha cabeza y de más pies que un galgo. Con él no hay que descomponerse, sino aguardar que éntre en jurisdicción y humille, aunque el mejor modo y manera de trastearlo es á pasa toro, y luego una por todo lo alto. Pero es suerte muy poco lucida, y no te la aconsejo. Conque abre el ojo,



negrito; porque si te descuidas te *chinga* el toro y ¡abur melones!

—Su merced, padre, lo entiende, como que es facultativo, y ya verá a la hora de la función que no predicó en desierto, contestó el torero.

Llegó el día de la corrida: Su Excelencia, acompañado de su familia, Real Audiencia, segundo cabo é inspector de milicias, general D. José La-Mar, y gran comitiva de ayudantes y amigos, ocupaba la galería del palacio; y el ilustrísimo Las-Heras, con el cabildo eclesiástico, mostrábase en los balcones de la casa arzobispal.

En las barandas de los portales, estaba todo lo más granado de la aristocracia limeña, así damas como caballeros, y el pueblo ocupaba andamios colocados bajo la arquería de los portales y las gradas de la Catedral.

Pasando por alto la descripción del toril, situado en la esquina de Judíos, el lujo de las enjalmas, adornos de la plaza, distribución de las cuadrillas y otras menudencias, que al cabo no es mi ánimo escribir un relato circunstanciado de la función, vengamos al quinto toro.

Era éste el famoso *Relámpago*, gateado, de Betes, enjalma carmesí bordada de plata, obsequio del gremio de pasamaneros.

Recibiólo Casimiro Cajapaico en un alazán tostado, raza del Norte (Andahuasi), y le secó cuatro suertes revolviendo, y dos á la carrera.

Entró Juanita Breña en un zaino manchado, raza de Chile, y le dió tres suertes, sentando el caballo en la última para esperar nueva embestida. ¡Por la encarnación del diablo que se lució la *china*!

A ésta, como á Cajapaico, le arrojaron de las barandas muchísimos pesos fuertes, y aun monedas de oro.

Después que los chulos se desempeñaron bastante bien, mandó el Ayuntamiento tocar á banderillas. Cantoral le clavó con mucha limpieza, y á volapie, un par de rebiletos en el cerviguillo.

Tocaron á muerte, y, armado de estoque y bandola, se presentó Lorenzo Pizí, vestido de morado y plata. Encaminóse á la galería del Rey, y después de brindarle el toro con la frase «por vucencia, su ascendencia, descendencia y toda la noble concurrencia,» tomó pie frente á las gradas, y á seis varas del pilancón que por ese lado tenía la monumental fuente de la plaza.

Fray Pablo, que asistía á la lidia desde uno de los andamios del portal de Botoneros, se puso á gritar desafortunadamente:

—¡Quitate de ahí, negro *jovero*, que no tienes vuelo! Acuérdate de la lección, y no me vayas á dejar feo.

Pero Lorenzo Pizí no tuvo tiempo para atender observaciones y cambiar de sitio, porque el gateado, que era pegajoso y ligero de pies, se vino al bulto, y después del primer paso de bandola, sin dar campo al matador para franquear el pilancón y ponerse del lado del cuerno tuerto, revolvió con la rapidez de su nombre y ensartó al matachín.

Un grito espantoso, lanzado á la vez por 15.000 bocas, resonó en la plaza, sobresaliendo la voz de mercenario.

—¡Zapateta! ¿No te lo dije, negro bruto? ¿No te lo dije? Y terciándose el hábito, brincó del andamio, y á todo correr se dirigió al pilancón.

El toro dejó sobre la arena al moribundo Pizí para dirigirse sobre el intruso fraile quien, con mucho desparpajo, se quitó la capa blanca y se puso á sacarle suertes á la criolla, á la navarra y á la verónica, hasta cansar al bicho, dando así tiempo para que los chulos retirasen al malaventurado torero.

Ante la gallardía con que fray Pablo burlaba á la fiera, el pueblo no pudo dejar de sentirse poseído de entusiasmo, y al palmotear lo lucido de las suertes, decían todos:

—¡Buena laya de fraile!

Viven aún, en Lima, personas que asistieron á la corrida, y que dicen no ha pisado el redondel capeador más eximio que fray Pablo Negrón.

Muerto el *Relámpago*, á traición, por los desajretadores, y el puntillero Beque, pues ni Esteban

Corujo, que era el primer espada, tuvo coraje para estoquearlo, llevaron á nuestro fraile preso al convento de la Merced.

Dicen que allí el comendador fray Mariano Durán reunió en la sala capitular á todos los padres graves, y que éstos, cirio en mano, trajeron á su escandaloso compañero, al que el superior aplicó unos cuantos disciplinazos. Item, se le declaró suspenso de misa y demás funciones sacerdotales, y se le prohibió salir del convento sin licencia de su prelado.

Fray Pablo se fastidiaba soberanamente del encierro en los claustros, y su salud comenzó á decaer. Alarmados los conventuales, consultaron médicos, y éstos resolvieron que, sin pérdida de tiempo, saliese de Lima el enfermo.

Enviáronlo los buenos padres á tomar aires á la Magdalena, pueblecito distante tres millas de la ciudad, amonestándolo mucho para que no volviese á caer en la tentación de sacar suertes á los toros.

Sermón perdido. Fray Pablo recobró la salud, como por ensalmo, tan luego como pudo ir de visita á Orbea, Mata-Lechuzas y demás haciendas del valle y echar la capa al primer bicho con astas. Al fin, se encontró con la horma de su zapato en un furioso berrendo, que le dió tal testeretada contra una tapia, que le dejó desconcertado un brazo é imposibilitado para el capeo.

Verdad es que, como á los músicos viejos, le quedó el compás y la afición, y su dictamen era consultado en toda cuestión intrincada de tauromaquia. El fraile era voto en la materia.

RICARDO PALMA.

## TRAGEDIAS DEL ARROYO

POR JUAN VALERO MARTÍN

(Continuación.)

Desde entonces Honorina se propone hacer lo mismo, ella trabajará y atravesará por las pruebas más duras, por los trances más peligrosos; ella trabajará día y noche, ocultándose de sus padres para que no se lo prohiban, y les engañará haciéndoles ver una posición de color de rosa, aun cuando ella se prive hasta de lo necesario. Su madre había hecho lo mismo durante mucho tiempo, pero con una diferencia: á Elisa se lo dictaba el corazón y le parecía lo más natural del mundo; á Honorina se le figuraba sentirlo en lo más recóndito del alma, y se engañaba: era sólo una forma de su romanticismo.

Honorina comenzó á asistir al taller; á los ocho días había pedido permiso para ir una hora más tarde, el frío la mataba; á los quince había hecho tres faltas; al mes buscaba un motivo para abanlo, sus fuerzas la habían engañado; pensó que el entusiasmo de los tres primeros días no iba á desaparecer nunca, y se había equivocado; aquello no era para ella; la maestra la parecía ordinaria, y sus compañeras insufribles; además era el blanco de todas las bromas; la llamaban la *señorita* y se burlaban de ella cada vez que hablaba de su colegio.

En esta situación la conoció Luis Suárez; ya lo hemos descrito al comenzar esta segunda parte; fáltanos añadir que vestía bien y que se daba aire de capitalista; hijo de una familia rica, mostraba particular empeño en pasar por un calavera de buen humor, pero Dios no le había creado sin duda para esto, porque todo lo que tenía de cínico para hacer alarde de ciertas cosas, lo tenía de tímido para acometerlas, y era tan míope de entendimiento como largo de cuerpo, lo cual daba por resultado medir á todas las mujeres por el mismo rasero; entendía que era el amo por la omnipotencia de sus escudos, y que todas se arrastrarían á sus pies, merced al poder mágico de las relucientes monedas; era ignorante en grado superlativo y no campeaba ciertamente la gracia ni el ingenio en su conversación; había aprendido dos ó tres frases hechas, que aplicaba siempre, viniera ó no á pelo, y ni dijo en su vida una agudeza original, ni sabía

amoldarse en su trato á las condiciones de las personas con quienes trataba.

La fuerza de imaginación de Honorina la hizo ver, sin embargo, en Luis el noble rico que había de sacarla de la miseria, y que su buena estrella le deparaba, y otro nuevo fenómeno se efectuó en sus sentimientos; lo mismo que se equivocó cuando quiso trabajar, creyó que amaba á Luis, y lo creyó con toda su alma.

Honorina atravesaba por esa edad en que se ama sin saber qué; por ese instante felicísimo en que la flor abre su cáliz para que lo humedezca el rocío y en el que puede hacer su nido una abeja y robarla, la savia en lugar de balancearse la gota líquida que ansía.

Luis no pensaba en Honorina más que como un pasatiempo; pero dió la casualidad de verla tres ó cuatro amigos que, prendados de su belleza, alabaron el buen gusto de su amigo y envidiaron su suerte.

—Esa mujer bien vestida, decía uno en cierta ocasión y en presencia de Suárez, sería la mujer más codiciada de Madrid; como yo tuviera tu dinero, te aseguro que había de lucirla.

Nuestro hombre, á pesar de haberse alabado de ciertas cosas, no había obtenido ningún favor de Honorina, por el que dispusiera á su arbitrio de ella; pero le picó la vanidad y se propuso obtenerlo, aunque tuviera que comprarlo á peso de oro. Demasiado bajo en su sentimiento, no comprendía otra forma de seducción. Honorina era pobre y vanidosa, sus padres eran pobres también; todo se reducía, pues, á que tasaran el valor de su honra; no comprendía el mentecato que existen cosas que no se compran con todo el oro del mundo, y que para un hombre honrado vale tanto venderlas como vender la vida.

Puso manos á la obra.

A pocos días de tratar á Honorina conoció de sobra que su padre no era un miserable capaz de venderla, y que ella era muy superior á lo que aparentaba; aquella niña romántica no tenía más que un flaco expugnable.

El día en que le acompañó Gastamal (al siguiente de conocerla), comenzó á entreverlo; á los ocho tenía la persuasión de que sólo podría entregársela la vanidad. Entonces hizo pasar ante su vista una vida de lujo, de diversiones no interrumpidas: sería la reina de la moda, tendría los salones que había soñado, luciría los troncos más soberbios, se vestiría en casa de las mejores modistas y dispondría del oro á raudales para saciar todos sus caprichos, y luego, cuando su madre (la de Luis) muriera, la daría su nombre y su mano; y en cambio de todo esto, ¿qué le pedía? un poco de cariño; la verdad es que en el cambio no perdía ella; por otra parte, sus padres iban á perecer en la miseria mientras que, *sacrificándose*, podía redimirlos para siempre.

Sin embargo, Honorina no dió una contestación terminante; tenía que pensarlo detenidamente; no era cuestión para decidirla así en cinco minutos; además, dependía de esto acaso toda su vida.

Aquel día, cuando de vuelta del taller se sentó Honorina entre sus padres, estaban hondamente preocupados. Pedro no probó bocado; con el codo apoyado sobre la mesa y la cabeza sobre la palma de la mano, no levantaba la vista, y Elisa, que le miraba de tiempo en tiempo y furtivamente, dejaba escapar una lágrima que, rodando silenciosa, caía sobre el plato.

Fueron inútiles todas las preguntas de la niña; sus padres no la contestaron más que por monosílabos.

Se acostó y pensó toda la noche en la proposición de Luis. Ya lo hemos dicho, creía amarle y pensaba que accediendo hacía un inmenso servicio á sus padres, pero no la movía sólo su cariño; después se veía envuelta en pieles corriendo ligera, arrastrada por la velocidad de un magnífico tronco, y veía á sus compañeras de colegio que iban á pie y la envidiaban. No conocía la inocente que si ahora la tenían envidia, la despreciarían luego.

Pedro también velaba. Seis meses antes, cuando aún tenía algo, y en un momento de apuro, había



pedido dinero sobre los escasos muebles de su casa; pocos eran, pero el piano de su hija, la cómoda, silla y espejo de la sala y las camas bien valían veinticinco duros, que necesitaban con urgencia. Después de muchos paseos a casa del prestamista que siempre tenía inconvenientes, se decidió que se haría el préstamo por *juicio convenido*. Los réditos no fueron muchos, tomó veinticinco duros, y firmó cincuenta. Después de otro paseo al juzgado con el consabido volante refrendado allí, y de vuelta a casa del prestamista, tomó el dinero que había de pagar por plazos mensuales; los primeros meses fué puntual, sabe Dios a costa de cuántos sacrificios, pero vinieron luego las estrecheces más fuertes; para comer empeñó los colchones y para cobijarse bajo un techo el piano; dejó por precisión de pagar los plazos, y ahora que le amenazaban con despojarlo de los muebles, no tenía lo de más valor, lo había consultado con un abogado y lo había calificado de *estafa*. Pedro, el hombre más honrado del mundo, veía el presidio en lontananza.

Al otro día, Pedro fue a ver al prestamista, y le dijo la verdad; con llevarle a un presidio no adelantaba nada; y, en cambio, si le daba un plazo, él vendería lo poco que le quedaba para darle una cantidad en el acto, y luego trabajaría toda su vida como un esclavo hasta reintegrarlo; si quería, se firmaría una cantidad mayor, lo que quisiera, con tal de que no le perdiera, porque era el único sostén de su mujer y su hija. El prestamista le oía sin inmutarse; se dirigió a un cajón, y sacó el inventario de los muebles de Pedro.

—¿Usted ha vendido?... preguntó calándose las gafas.

—Una cama y el piano.

—¿Todo lo demás lo tiene usted aún?

—Sí, señor.

Guardó silencio por espacio de algunos momentos. Echaba sus cuentas.

—No puede ser, añadió al poco tiempo. Usted me paga en el acto los plazos devengados, ó le llevo a los Tribunales.

Inútiles fueron todos los ruegos de Pedro; inútil completamente que llorara como un niño. Los muebles que aún tenía en su poder, valían más de los veinticinco duros, y sumando su valor con el de los plazos que habían satisfecho, resultaba una cantidad mayor de la que Pedro había firmado, y por consiguiente el prestamista ganaba en cuanto se los adjudicaran judicialmente y llevaran a Pedro a purgar su delito a un presidio.

Al salir Pedro de la estancia tropezó con un personaje que ya conocemos, Luis Suárez, que entró como en país conquistado.

—¡Buenos días, amigo D. Francisco!

—¡Mi señor D. Luis! contestó el prestamista sonriendo mientras se acercaba una silla. ¿En qué puedo servirle?

—Ante todo, ¿cómo se llama ese hombre que salía ahora?

—Es un tunante que quería estafarme.

—Pero ¿cómo se llama?

—Pedro López, D. Luis, Pedro López; el bribón más redomado que he conocido.

—¿Le debe a usted mucho?

—Cerca de mil reales. ¿Pero usted le conoce?

—Sí, me pareció conocerle al salir; soy muy buen fisonomista... En fin, luego hablaremos de esto, D. Francisco; necesito mil duros.

—¡Jesús, María y José! ¡Mil duros! ¡Si yo creo que ya no los hay por el mundo!

—Pues a ver cómo los encuentra usted y me los da. No quiero hablar de réditos; deme usted el dinero, y firmaré lo que usted quiera.

—En primer lugar, contestó con aire humilde el prestamista, es una cantidad muy crecida, y los negocios escasean; y en segundo, no sé si usted recordará que la última vez que tuve que entenderme con su señora mamá me advirtió que era la última que *salía* a sus compromisos.

—Mire usted, amigo D. Francisco, eso son... tonterías; usted sabe tan bien como yo que mamá no ha de dejarme en la estacada; tengo prisa, hoy mismo necesito el dinero, y le agradeceré a usted que

no me fastidie y me lo facilite en el acto, respondió el sietemesino: le he dicho a usted, y le repito, que gane usted lo que quiera; de modo que no tenemos más que hablar.

—Amigo D. Luis, en el acto me es imposible.

—Pues entonces, que usted lo pase bien; no tengo mi tiempo para perderlo.

Y Suárez se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Haciendo un esfuerzo...

—¿Qué? preguntó Luis volviéndose.

—Podría dárselos; no sabe usted el sacrificio que hago, pero los amigos son los amigos.

—Vengan.

—Antes es preciso, por sola formalidad ¿eh? para precaverme contra su mamá de usted, que haga una operación.

—¿Cuál?

—¿Trae usted su cédula?

—Sí.

—Pues tome usted (y el prestamista puso en sus manos un raspador): borre usted el uno de esos diecinueve, y ponga usted un dos; no es más que para salvar mi responsabilidad, aunque ya sé...

Luis no contestó; sonrió, sacó su tarjetero y se dispuso a poner por obra lo que le habían propuesto.

Al poco tiempo Luis tenía, según su cédula, veintinueve años en vez de diecinueve, y contaba algunos billetes que D. Francisco iba poniendo en sus manos; para completar la cantidad fué necesario que D. Francisco le diera algún dinero en plata, pero la pícara casualidad quiso que le faltaran veinticinco pesetas.

—¡Por vida del... ¿pues no me faltan cien reales?

—Es lo mismo, añadió Luis guardando el dinero y cogiendo su sombrero.

—Aún falta algo; si usted tiene la bondad de firmar aquí...

y el prestamista garrapateó una cuartilla.

—¡Con mil amores!

Firmó, y según aquel documento, Luis Suárez, mayor de edad, y por tanto en el pleno ejercicio de su derecho como ciudadano, adeudaba a D. Francisco la cantidad de 7.500 pesetas, que pagaría el día 1.º del mes venidero.

Ya estaba junto a la puerta cuando volvió.

—D. Francisco, me dijo usted que Pedro López le debía...

—¡Cerca de mil reales!

—¿Quiere usted venderme ese crédito?

—¡D. Luis!

—Ahí tiene usted los mil del pico.

El prestamista se apresuró a recoger los billetes y a entregar los documentos relativos al asunto.

Poco después, Luis Suárez veía a Honorina y la advertía que tenía que hablar con su padre y que, de seguro, le inutilizaría, para que, ocurriera lo que ocurriera, no tomara ninguna medida violenta contra ellos; pero que, sin embargo, nada le dijera hasta que él lo advirtiera.

—Eso sería una locura, respondió ella.

—¿El qué?

—Decírselo.

—¡Ta, ta, ta! Tengo absoluta seguridad de que conmigo no se mete.

—Pues bien, te suplico que no se lo digas.

—Naturalmente que no he de decirle que tú vienes conmigo; pero tengo que hablarle de otro asunto.

Luis reunía, a sus buenas cualidades, la de ser cobarde, pero tenía la audacia de todos los de su calaña; hería, más tenía buen cuidado de maniatar antes a su víctima. Cuando vió en manos de don Francisco un documento que podía llevar a presidio al padre de Honorina, pensó que era lo que necesitaba para burlarse de sus iras y mancillar a mansalva lo que tenía de más querido en el mundo. Si Pedro quería defender su honra, iría a pedirle en un calabozo; si, por el contrario, le ayudaba a pisotearla, el mundo no tendría derecho a señalarle con el dedo como un presidiario.

Pronto convinieron la fuga; Luis enseñó a Honorina los billetes que le habían prestado; ella nunca había visto tanto dinero reunido, y pensó que

con aquello había bastante para vivir mil años en la opulencia: sus sueños de toda la vida iban a realizarse.

Un día esperaron, en vano, Pedro y Elisa a su hija; primero pensaron que se habría entretenido por cualquier motivo imprevisto, pero pasaron dos horas de angustia, y sus temores subieron de punto: a las nueve salieron con dirección al taller, locos de dolor, y presagiando alguna horrible desgracia.

La niña no había ido aquel día ni los dos anteriores.

Aquella tarde, al anochecer, habían llevado una carta allí para mandarla a los padres de Honorina, si antes no iban a preguntar por su hija. Pedro se apoderó de ella, y la abrió con precipitación: un billete del Banco de España cayó a sus pies, y leyó lo siguiente:

«Queridos padres, perdonadme: pero antes de veros morir en la miseria he preferido ser yo la que muera para el mundo: en este momento tomo el tren que ha de conducirme a muchas leguas de vosotros; todos los meses recibiréis una cantidad y noticias mías. Adiós: perdonad a vuestra Honorina.»

Elisa, con los ojos desmesuradamente abiertos, parecía haber perdido la conciencia de su ser; en Pedro produjo la misiva un efecto bien distinto, recogió el billete le partió en pedazos murmurando una blasfemia; y como si toda su energía se hubiera gastado en este acto, rompió a llorar, abrazando a Elisa; de seguro cuando acunaba a su hija para dormirla, a pesar del cansancio que produce todo un día de trabajo, cuando sudaba y se afanaba para comprarla un piano y cuando pedía los jornales adelantados para que llevara un abrigo como los de las señoritas, no pensaba que había de darle este pago: y sin embargo, él, y sólo él, tenía la culpa: había educado a Honorina en un mundo en el que no podía vivir más que siendo su esclava, y la sociedad la señalaba el sitio en que debía vegetar dados sus deseos y sus medios; lo que acababa de sucederle era tristísimo, pero lógico: una mujer hermosa que no tiene más Dios que la vanidad, y que es pobre, colocada en las circunstancias de nuestra heroína, fatalmente tenía que acabar así.

Honorina había dado el primer paso en el camino de la prostitución; había puesto el pie en el primer peldaño del abismo; pero el ramaje que se entrelazaba no le permitía ver aún los antros horribles y oscuros de su fondo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

## Historia de tres lágrimas.

La lágrima de un ángel en el viento  
Convertida en cristal se vió lucir,  
Y contempló el espacio el nacimiento  
De un astro en su zafir.

Vertió también su lágrima natura  
Sobre sus campos de eternal verdor,  
Y gemela del astro que fulgura,  
Nació también la flor.

Sobre la hermosa creación humana  
La lágrima de Dios se vió caer...  
¿No conocéis a la tercera hermana?

¡Su nombre es... la mujer!  
Por eso el mundo espléndido y lozano  
Caído de las manos del Señor,  
Se agita sobre un límpido océano  
¡De aroma, luz y amor!

P. DEL URUGUAY.

## Instalaciones eléctricas en general.

PARARRAYOS

II

Ligeramente indicadas en nuestro artículo anterior algunas de las condiciones para la instalación de un pararrayos, hemos de continuar con ciertos detalles de interés.



Como la parte principal de un aparato de este género es la buena comunicación con tierra, consignaremos las pruebas que pueden ejecutarse, como cosa de vitalísimo interés, ya en el transcurso de la instalación misma, ya á su terminación.

La buena comunicación con la tierra debe establecerse por medio de una plancha de cobre que se sepulta en el suelo y en un sitio donde, á ser posible, exista una corriente de agua que no se seque en el verano; y cuando no sea esto posible, se elegirá un terreno bien saturado de humedad.

Se abre un pozo de dos ó tres metros de profundidad, según los casos, y en el fondo se coloca una capa de dos á tres centímetros de escoria de fragua bien triturada, que se allana y apisona un tanto. En seguida se coloca sobre este lecho la plancha de tierra bien soldada al conductor, y además, separadamente, un trozo de alambre de cobre cubierto de guta, con longitud suficiente para ser utilizado después en las pruebas que se han de verificar. Encima de la plancha se echa otra capa igual á la que se puso debajo, apisonándolo todo para que se establezca buen contacto, y se vuelve á rellenar el pozo abierto con la tierra extraída, cuidando de no herir el forro de guta del hilo adicional.

Cuando estos trabajos se han llevado á efecto con el mayor esmero, cumple una primera prueba, que ha de decirnos cuál es la resistencia eléctrica del conductor desde su extremo libre, en unidades de cualquier sistema, pues esto es indiferente; y si todo se ha hecho bien y las cifras que expresan la resistencia son cero, la buena colocación de la plancha queda comprobada.

Si de antemano, y con el conductor bien aislado, hubiésemos probado su carga, comparando todos estos datos y el de aislamiento, podemos abrigar la esperanza de que hemos construído un buen camino para el fluido eléctrico hacia el depósito común.

Suspendida en este punto la operación, antes de unir el conductor con la base de la barra, hemos de medir la resistencia de ésta y todas las puntas, así como de la carga, si de antemano no la tuviésemos averiguada, para cerciorarnos de la calidad de los metales empleados, y de su estructura: como ignoramos el potencial eléctrico á que puede hallarse sometido el aparato, con estas pruebas y precauciones á lo menos, ya que no podamos hacer cálculos exactos, podemos no abrigar temor fundado por lo que toca á las descargas disruptivas, adquiriendo también por este medio la seguridad de que el punto de unión de la barra con el conductor no ofrece resistencia alguna. Y una vez com-

probadas todas estas partes, comprobaríamos la totalidad, utilizando para ello el hilo adicional que quedó sepultado con la plancha de tierra, usando al efecto los aparatos de medida que todo electricista debe poseer.

Si en esta última prueba obtenemos también cero como cifra final de resistencia, podemos estar tranquilos por lo que hace á la bondad de nuestra instalación.

De manera que, resumiendo, no debemos dar por buena y terminada una obra de esta naturaleza sin haber adquirido, por experimentos científicos, datos inequívocos de su bondad; y como esto se debe aplicar á todas las instalaciones, que, si no difieren en esencia, sí difieren en algunas particularidades, no debemos entregarnos en brazos de la confianza, sino adquirir certeza sobre sus buenas ó malas cualidades.

Como pueden ocurrir descargas disruptivas sucesivas, es condición además importante para los efectos que se pueden producir, una sección suficiente para prevenir la fusión y volatilización de todo ó parte del conjunto; y por lo que esto puede rozarse con el aislamiento, nos separamos de la opinión de algunas personas, las cuales no le consideran de todo punto necesario.

Fúndanse en la ignorancia del potencial eléctrico á diversas alturas y en ciertos momentos; pero nosotros creemos que olvidan lo que la resistencia eléctrica produce en los cuerpos malos conductores. Preconizamos, por consiguiente, el aislamiento en previsión de elevaciones de temperaturas inesperadas, que podrían ser origen de desastres.

Optamos, pues, por un camino buen conductor y uno solo para cada barra, y aconsejamos incesantemente la elección de grandes secciones conductoras, tolerando algo respecto á calidades, lo que en absoluto no tiene igual importancia.

Procuraremos siempre una línea de descarga todo lo perfecta posible, y para persuadirnos de haberlo logrado, indicamos las pruebas expuestas.

Como éstas no pueden ser ejecutadas concienzudamente sino por personas peritas y con aparatos á propósito, sin que nuestro ánimo sea cohibir á nadie, expresamos nuestra opinión para hacer comprender á nuestros benévolo lectores que no es cosa de poca importancia la instalación de un pararrayos.

Seguiremos tratando del particular en el siguiente artículo.

MANUEL MÉNDEZ.

PASATIEMPOS

CHARADAS

Segunda prima, todo, que una tres es la carroza del señor marqués.

La hermosa prima segunda, su marido terciá cuatro, y su primo todo, forman tres buenos pies para un banco.

ROMBO DE PALABRAS

Primer renglón, horizontal y vertical, letra.  
Segundo id., costado de un ejército.  
Tercero id., árbol.  
Cuarto id., dueño.  
Quinto id., letra.

Solución á los pasatiempos del núm. 32.

Charada 1.ª: AMILCAR.  
Ídem 2.ª: ABARCAS.

Al cuadrado de palabras:

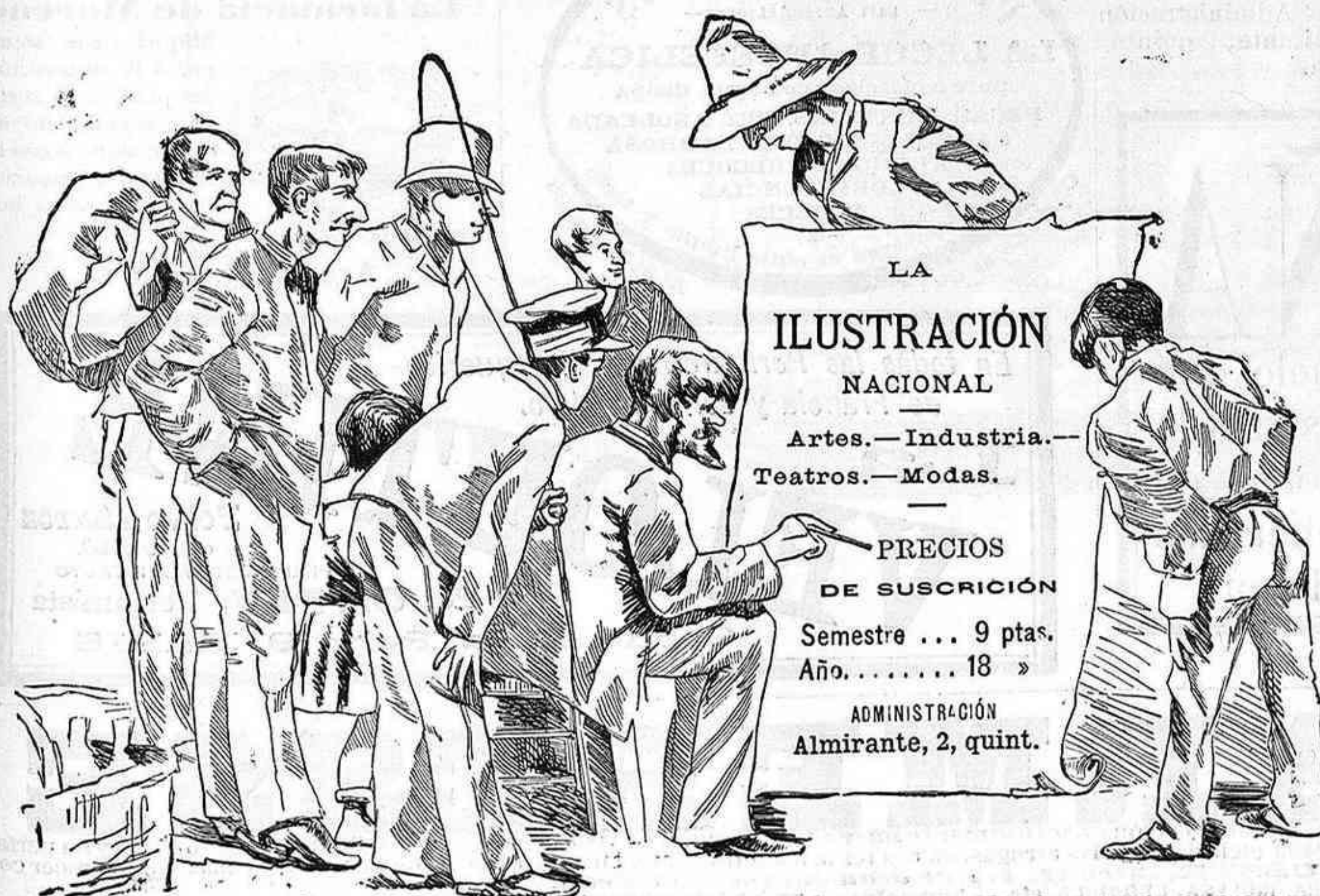
T E M A  
E R A S  
M A S A  
A S A R

ADVERTENCIA

Para completar la colección del tomo del año actual, se publicarán en Diciembre corriente cuatro números de esta Revista, con las fechas de 5, 15, 20 y 30 del citado mes.

Nuestros constantes favorecedores apreciarán indudablemente este nuevo sacrificio, como garantía de la formalidad de esta Empresa y el deseo de corresponder, por nuestra parte, al interés, tantas veces demostrado, de nuestros suscritores.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



**TENIA Ó SOLITARIA**  
Se expulsa en 2 ó 8 horas, tomando **LAS CAPSULAS TENIFUGAS DE MORENO MIQUEL.**  
Arenal, 2, Madrid, y principales farmacias.  
60 rs. frasco, y por 65, se remite certificado á provincias.

Se admiten anuncios á precios convencionales; dirigirse al Administrador de esta Revista, **Almirante, núm. 2, quíntuplicado.** MADRID

**DOLORES de ESTOMAGO**  
**DIGESTIONES DIFICILES**  
Pérdida del Apetito, Agotamiento, Gastralgias, Vómitos, Diarrea, etc.  
**ELIXIR GREZ**  
TONI-DIGESTIVO  
con Quinquina, Coca y la Pepsina  
empleado en todos los Hospitales.  
P. Grez, 34, rue La Bruyère, 34, Paris  
Y EN LAS FARMACIAS



Agente general para los anuncios franceses: M. F. Mus, Rue Alfred-Stevens, 9, París.

**GUERLAIN DE PARIS**

ARTICULOS DE PERFUMERIA RECOMENDADOS

Agua de Colonia imperial. — Sapoceti, jabon de tocador. — Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba. — Crema de Fresas para suavizar el cutis. — Polvos de Cypris para blanquear el cutis. — Stibolide cristalizado para los cabellos y la barba. — Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar la cabeza. — Primavera de España. — Pao Rosa. — Mariscal Duquesa. — Rosa y Clavel. — Heliotropo blanco. — Exposición de París. — Ramillete imperial Ruso. — Perfume de Francia. — Agua de Cidra, agua de Chipre y agua de Colonia Imperial Rusa para el tocador. — Alcoholado de Coclearia para la boca y los dientes.

**GRAJEAS SAEZ**

Curan radicalmente las irritaciones, catarros, purgaciones, gota militar, estrecheces, flujo blanco, derrames semi-nales, incontinencia de orina, y toda clase de flujos de las vías urinarias: su composición es vegetal é inofensiva.

De venta en las principales farmacias y droguerías de España. Al por mayor Dr. Saez, Barcelona. Franco 3, pesetas; por correo certificado, 4 pesetas.

**VALENTIN GALVEZ**

Puerta del Sol, números 10 y 12.  
Cuantes de piel de cabrito, cordero, castor, Suecia, de hilo y de seda.  
Corbatas, tirantes y ligas.  
Novedades del pais y extranjeros.  
Objetos para regalos.

Medallas de ORO

Recompensa de 16,600 francos

Medallas de ORO

**QUINA-LAROCHE**

VINO TÓNICO

El Quina-Laroché no es una preparacion vulgar de Vino de Quina; sino el resultado de estudios y de trabajos que han valido á su autor las mas lisonjeras recompensas. De un gusto muy agradable, el Quina-Laroché encierra todos los principios de las tres mejores quinas (Roja, Amarilla y Gris) y es indispensable para rehabilitar las fuerzas, combatir las Afecciones del Estómago, las Dispepsias, la Anemia, Calenturas por rebeldes que sean, etc.

PARIS, 22, rue Drouot, y en las Farmacias de esta

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK**



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos  
Contra la Falta de Apetito el Estreñimiento, la Jacueca los Vahidos, Congestiones, etc.  
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos  
Nota: en cada caja  
Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.  
Paris, Farmacia Leroy y principales P<sup>as</sup>

LA ILUSTRACION NACIONAL

En vista de la favorable acogida que ha tenido esta publicacion, y con el fin de poder servir algunos pedidos que se nos han dirigido, se ha hecho nueva tirada de los números del primero y segundo tomo, que se venden coleccionados.

Constan de 464 y 662 páginas respectivamente, ilustrados con magníficos grabados. El precio de cada tomo es 30 pesetas el 1.º y 35 el 2.º

Puede hacerse el pago abonando dos pesetas mensuales.

A los que deseen adquirirlos y verifiquen el pago al contado ó en dos plazos, se les hará una rebaja de 5 pesetas.

**L'EAU DE SUEZ**

En MADRID: Don José M. Moreno,  
En BARCELONA: Vicente Ferrer y Cia, Droguista, Plaza Moncada, N.º 4; Don José Lafont, calle del Call, 30, y M. C. Germain, Rambla, 14.

(VACUNA DE LA BOCA) es el UNICO DENTIFRICO QUE SUPRIME INSTANTANEAMENTE Y PARA SIEMPRE los

**DOLORES DE MUELAS**

y por CONSIGUIENTE la EXTRACCION Y LA AURIFICACION

Depositarario General: M. SUEZ, 9, Rue de Prony, PARIS (PARC MONCEAU)

**LICOR BREA MÚNERA**

INDISPENSABLE

Si alguna vez padecéis tos, irritaciones en la garganta ó laringitis aguda ó crónica, catarro pulmonar, humores herpéticos ú otras enfermedades de las membranas mucosas, acudid á buscar el Licor Brea Múnera, que es el remedio indispensable para curar dichas dolencias.

Lo aseguran así médicos notables, lo demuestran elocuentemente los hechos y lo sanciona el público con el considerable consumo que del mismo hace. De venta en todas las farmacias de España.

**MÁQUINAS PARA COSER**

CAJAS DE MÚSICA

COCHES PARA NIÑOS, ESTUFAS

7, PRECIADOS, 7

32, ESPOZ Y MINA, 34



EXPOSITION UNIVERS<sup>le</sup> 1878  
Médaille d'Or Croix de Chevalier

LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS

Nueva Creacion

**PRIMAVERA E. COUDRAY**

Inventor de la

PERFUMERIA ESPECIAL a la LACTEÍNA  
Tan apreciada por la gente de buen tono

- Jabon..... PRIMAVERA
- Aceite..... PRIMAVERA
- Agua de Tocador..... PRIMAVERA
- Esencia..... PRIMAVERA
- Polvos de Arroz... PRIMAVERA

FABRICA Y DEPOSITO:

PARIS 13, Rue d'Enghien, 13 PARIS

Se encuentra en todas las buenas Perfumerías.

**La farmacia de Moreno**

Miquel tiene siempre á la disposición del público el surtido más completo de todo cuanto posee la ciencia. Se despacha de día y á todas horas de la noche.

Arenal, 2, Madrid.



**NEURALGIAS**

Curacion inmediata con las Pildoras antineurálgicas del Doctor CRONIER.

3fr. la caja. Farmacia, 23, rue de la Monnaie, Paris.

Se administran casas

con economía. Hay fianza y toda clase de garantías. En la Administración de esta Revista, Almirante, 2 quintuplicado, darán razón.



Frasco 5 fr.

en Paris

LA LECHE ANTEFÉLICA  
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES & Pose y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES et C<sup>o</sup> B<sup>e</sup> St-Denis, 26

**CARABAÑA**

España. Grande honra para el suelo que produce sus aguas minero-medicinales. En la gran Exposición concurso internacional de Bruselas (Bélgica) acaban de obtener las Aguas de Carabaña el gran Diploma de Honor.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

**La VELOUTINE**

Polvo de Arroz especial

PREPARADO AL BISMUTO

Por CH. FAY, Perfumista

9, rue de la Paix, 9, PARIS

**LA CHARMERESSE**

Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composición absolutamente nueva bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.). — DUSSEY, Inventor, 1, Rue Jean-Jacques-Rousseau, Paris. (En America, en todas las Perfumerías). Madrid: MELCHOR GARCIA; y en las Perfumerías de PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías de LAFONT, etc.

